

Selección

TERROR

DESTINO DE LOBO

CLARK CARRADOS

Se oyeron unos extraños ruidos en la planta baja. Algo derribó una vasija, que se rompió, con un estrépito que casi hizo gritar a la muchacha. Se oyó un extraño gruñido.

No tema dijo.

De pronto, unas zarpas arañaron la puerta. Al otro lado de la madera, se oyó un feroz gruñido.

El lobo exclamó.

Sí.

La fiera gruñía. Estaba hambrienta. Percibía el olor de la carne y se sentía impotente para romper aquel obstáculo. Al cabo de unos minutos de vanos esfuerzos, la fiera desistió. Un largo aullido de rabia brotó de su garganta.

Los ruidos cesaron. Corrió hacia la ventana.

El lobo, enorme, siniestro, trotaba por la calle en busca del campo abierto. Se imaginó muchos pares de ojos contemplando la temible figura, llenos de pavor…



Clark Carrados

Destino de lobo

Bolsilibros: Selección Terror - 185

ePub r1.0
xico_weno 20.10.17

Título original: *Destino de lobo*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Jorge Núñez

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ſt
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

EL viajero empezó a maldecir cuando se dio cuenta de que, en su afán por ganar tiempo, había equivocado el camino, al seguir por el atajo.

Por si fuese poco, era de noche cerrada. Además, llovía incesantemente.

La lluvia no era muy intensa, aunque sí constante, sin que diese señales de amainar. Las raquetas de los limpiaparabrisas del coche se movían sincrónica y rítmicamente. Una vez, el viajero se sintió tentado de conectar la radio, pero el mal humor que le poseía a causa de su error, del que, por otra parte, era lo suficientemente honesto como para no culpar a nadie, le impidió distraerse con música y noticias.

En aquel momento, sólo deseaba llegar a casa, a su confortable hogar, cambiarse de ropa después de un buen baño, cenar y sentarse a continuación ante la chimenea, con una copa de coñac al lado y encender la pipa. Para él, era el súmmum de la felicidad.

Los faros del coche habían sido encendidos rato antes. De cuando en cuando, se deslizaban a través del camino densas vedijas de vapor. La temperatura, aunque desapacible, no era en exceso baja. Pero la humedad resultaba muy desagradable.

Por otra parte, el camino que el viajero había tomado como un atajo, tenía un pavimento muy irregular. Constantemente se veían charcos y era preciso marchar a una velocidad reducida, a fin de evitar un percance enojoso.

El pavimento era de tierra, lo que significaba barro en abundancia. El viajero se imaginó fácilmente cómo llegaría el coche. Pero eso era lo de menos; lo importante era salir cuanto antes de aquel maldito bosque.

Los árboles flanqueaban el camino y se perdían de vista a ambos lados del mismo. El viajero tenía la seguridad de que, aunque

hubiese sido de día y con sol, no habría podido ver nada más allá de una docena de metros fuera de los linderos.

—Saldrá a alguna parte —se dijo, tratando de darse ánimos.

De repente, el motor empezó a toser. El coche dio unos ligeros saltos.

El conductor soltó una maldición. Redujo una velocidad por medio de la palanca de cambios y pisó el acelerador a fondo.

Se oyeron nuevas toses del motor. Pese a los esfuerzos del viajero, el coche empezaba a detenerse.

El viajero bajó la vista hacia el tablero de instrumentos. Un sonoro juramento se escapó de sus labios:

—¡Sin gasolina!

Pero ¿cómo había podido ser tan descuidado?

El coche se detuvo al fin. Durante unos segundos, el viajero meditó profundamente.

Lo primero que hizo fue apagar las luces del coche. Debía mantener la batería en carga, para cuando llegase el momento de arrancar de nuevo.

Cruzó los brazos. Lo mejor que podía hacer era quedarse en el coche. Al hacerse de día, caminaría a pie en busca de un lugar habitado, desde el cual podría realizar las gestiones necesarias para conseguir carburante.

La noche no sería agradable aunque, de haber sido en pleno invierno, en lugar de agua habría caído nieve. Y entonces podría haber muerto de frío.

De pronto, se acordó del maletín de mano que tenía en el asiento posterior. Echó el cuerpo hacia atrás y buscó el maletín a tientas. Segundos más tarde, tenía en las manos un frasquito de metal. Un par de sorbos de coñac mejoraron su humor considerablemente.

Sacó un cigarro. Entonces, cuando lo iba a encender, vio una luz.

El viajero parpadeó. La luz, no podía equivocarse, procedía de alguna casa. Era el clásico cuadrado amarillo, que indicaba una ventana, en la que no habían sido cerrados los postigos o corridas las cortinas.

El cigarro volvió de nuevo al bolsillo superior de la chaqueta. El viajero decidió pedir ayuda en aquella casa.

Una segunda luz se encendió. El viajero ya no lo dudó más. Sacó una linterna de la guantera, se encasquetó bien el sombrero y saltó del coche.

Con la mano izquierda se subió el cuello de piel de su chaquetón. La linterna le sirvió para esquivar los charcos. Así pudo darse cuenta también de que el camino terminaba en la casa.

Era una construcción rústica, de piedra grisácea, aunque de tonos claros. La puerta era un gran arco de medio punto. Las dos ventanas estaban situadas a ambos lados. Al viajero le pareció que estaba viendo un rostro gigantesco.

Las ventanas iluminadas eran los ojos, y la puerta era la bocaza que devoraría al imprudente que se atreviese a franquear el umbral. Sobre el punto más elevado del arco había dos pequeños huecos redondos, destinados a contener sendas lámparas, apagadas en aquel instante. Aquellos huecos parecían las fosas nasales de la bestia que aguardaba, inmóvil, agazapada en el silencio, la llegada de la presa.

El viajero se rió de sus propias aprensiones. La puerta era de madera, de recios tablones claveteados, con un llamador muy historiado, que parecía la garra de un animal fabuloso. La mano del viajero alzó el llamador y lo movió un par de veces.

Los golpes sonaron con huecas vibraciones, que se expandieron lúgubremente en el interior de la casa. A los pocos segundos, se abrió una de las hojas de la puerta.

El viajero parpadeó. Al otro lado, en el zaguán, no se veía a nadie.

De pronto, sonó una voz femenina, de dulces entonaciones:

—Pase, por favor; la noche está muy desapacible.

El viajero entró. La mujer, alta, esbelta, de pelo intensamente rubio, estaba al final del zaguán, en la parte más alta de una escalera de cuatro peldaños, que conducía sin duda a la sala de estar, que no se veía, por hallarse oculta por unas cortinas de color rojo intenso.

Ella vestía enteramente de negro, hasta los pies. Salvo el cuello, el amplio escote y las manos, todo su cuerpo quedaba enteramente cubierto por la tela del vestido, u piel era blanquísima y los ojos fulguraban como chispas de color azul.

El viajero se quitó el sombrero y carraspeó.

—Señora…

—Pase, por favor —repitió ella, con atractiva sonrisa.

El viajero avanzó unos pasos. La mujer apartó las cortinas con una mano. Los ojos del viajero captaron la decoración que había al otro lado. Las paredes tenían un extraño color rojo, algo menos intenso que el de las cortinas, pero muy vivo también, sin embargo.

En el interior de la casa reinaba una agradable temperatura. Pero también había algo en aquel calorcillo que extrañó profundamente al viajero.

¿Era humedad?

La mujer le miraba fijamente, con una sonrisa en los labios.

—Pase —dijo una vez más.

El viajero cruzó las cortinas. Aquel calor confortable, pero húmedo…

¿Estaba en el vientre de un animal gigantesco?

El viajero dio un paso, dos, tres…

Las luces de la casa se apagaron de pronto.

Un horripilante aullido quebró el silencio de la noche. El estremecedor sonido llegó hasta la cercana aldea.

Casi todos oyeron aquel aullido. La señora Hallass se abrazó a su esposo, ambos en el lecho conyugal.

El señor Hallass se santiguó devotamente.

—María, Wolfhaus de nuevo —dijo.

—Sí, Wolfhaus —concordó la señora Hallass.

Gustav Ugler detuvo su coche y se apeó, frente a la posada cuya muestra había visto al cruzar Sennenfeld. El nombre del establecimiento era El Jabalí Negro y Ugler empezó a pensar de antemano con satisfacción en una buena jarra de cerveza. La cerveza solía ser excelente en los pueblos.

Entró en la posada. Una mujer de mediana edad, colorada y rolliza, apareció a los pocos momentos.

—Señor…

—Cerveza, por favor —pidió Ugler.

—Al momento, señor.

Ugler era el único cliente. Mientras la posadera llenaba la jarra, paseó la vista por el interior del local. Era humilde, pero aparecía muy limpio. Las maderas se veían pulidas, frotadas y enceradas casi constantemente.

—Su cerveza, señor —dijo la posadera.

—Gracias. —Ugler tomó un par de sorbos y, tal como había presentido, encontró deliciosa la bebida—. Nunca había pasado por aquí —sonrió—. Sennenfeld me parece un pueblo muy bonito.

—Sí, está bien. El señor se dirige a Múnich, sin duda.

—Sí; allí voy, en efecto, señora…

—Hallass, María Hallass. Puesto que el señor va a Munich, me permitiré darle un consejo.

—Oh, no faltaría más —dijo Ugler.

—Siga la carretera. No use el atajo que pasa por Rotwald.

Ugler arqueó las cejas.

—No sabía que hubiera un atajo —manifestó—. ¿Acaso es un mal camino?

María se santiguó.

—Si lo toma, se encontrará con Wolfhaus y ya nadie volverá a verle jamás —dijo.

—¡Caramba! —Respingó el forastero—. ¿Qué pasa? ¿Hay fantasmas en esa casa?

—Peor todavía. Esa casa se come a los viajeros que tienen la desgracia o la osadía de atravesar el bosque.

Ugler miró fijamente a la posadera. Se estaba burlando de él, pensó.

Pero, casi en el acto, apreció una absoluta seriedad en el rostro de la señora Hallass.

«Alguna superstición propia de estas comarcas», se dijo.

—De modo que es una casa que se come a los viajeros…

—Sí, señor. Hace algunas noches oímos el aullido de la Wolfhaus. La casa aúlla siempre que se cobra una víctima. Poco antes, habíamos percibido el paso de un coche por la aldea. Sin duda, el conductor vio el rótulo que hay a la salida del pueblo y decidió atajar, a pesar de mis advertencias. La casa se lo comió.

La posadera no bromeaba. Claro que Ugler no podía creer enteramente en lo que había escuchado. Tal vez aquella mujer era una visionaria. Sí, eso debía de ser… Habría tenido alguna pesadilla…

—¿Vive alguien en aquella casa? —preguntó.

—No, señor, nadie. Pero, además, es que durante el día no se la ve.

—No… no entiendo… —dijo Ugler, desconcertado.

La señora Hallass echó hacia delante su voluminosa pechuga y bajó la voz.

—Aunque sea de día, al viajero que cruza el Rotwald se le hace de noche en el camino y se pierde. Entonces, la Wolfhaus se hace visible y se traga al imprudente. Ya no se le vuelve a ver jamás.

—Bu… bueno…, lo tendré en cuenta. Muchas gracias, señora Hallass.

—Yo sólo quiero evitarle un serio percance, caballero.

—Muy amable, señora. Dígame que le debo, por favor.

—Veinticinco *pfennings*.

Ugler sacó una moneda y la dejó sobre el mostrador.

—Tiene usted una cerveza exquisita, señora Hallass —elogió.

Luego abandonó la posada. El aire puro y fresco de un día radiante le hizo sentirse mucho mejor. La señora Hallass había conseguido comunicarle sus aprensiones durante unos minutos. ¡Qué tontería!, se dijo. Una casa que se comía a las personas… Bueno, en las aldeas siempre había leyendas sobre fantasmas y seres horribles, causantes de espantosas desgracias en los seres humanos.

Subió al coche y arrancó de inmediato. Atravesó la aldea. A doscientos metros, divisó el arranque de un camino que se dirigía hacia el noroeste. Junto al empalme había un cartel indicador: «A Munich, 92 km».

Si seguía la ruta ordinaria, tendría que hacer ciento treinta kilómetros, pensó. Valía la pena intentar un poco de ahorro de tiempo y de combustible.

Además, no era hombre supersticioso. Hizo funcionar el intermitente del lado izquierdo y golpeó el volante en la misma dirección.

CAPÍTULO II

EL bosque abundaba en castaños, alerces, robles, hayas y abetos. Algunos árboles eran de hojas caedizas y sus copas ofrecían un color rojizo sumamente agradable, que contrastaba espectacularmente con el verde oscuro de las restantes especies. Tal vez aquellos árboles justificaban el nombre dado al lugar: Rotwald, Bosque Rojo.

En cuanto a Wolfhaus (Casa del lobo), si se comía a las personas, el nombre resultaba completamente adecuado. Pero no era más que una leyenda, concebida por crédulas mentes de aldeanos incultos y transmitida de padres a hijos.

El camino era de tierra y había algunos baches. Las huellas de la lluvia de días anteriores se habían disipado, ya que el suelo estaba seco. No obstante, Ugler pudo advertir las señales de unos neumáticos, nítidamente impresas en el barro seco.

Apenas había pendientes y éstas eran de muy escaso ángulo. El camino, sin embargo, serpenteaba entre el bosque, que se hacía más y más espeso a cada vuelta de los neumáticos. Afortunadamente, el día, radiante y luminoso, borraba toda sensación siniestra al ambiente.

«Por la noche, desde luego, debe de dar mucho miedo», convino Ugler.

A pesar de todo, el bosque ofrecía un aspecto realmente atractivo. Debía de conservarse intacto, salvo el camino que lo cruzaba, como en el principio de los tiempos. La hierba era abundante y espesa entre los árboles y, en ocasiones, se veían las manchitas de color de las flores silvestres.

De repente, el coche se ladeó ligeramente. Ugler contuvo una maldición.

Por fortuna, la velocidad era muy escasa y pudo dominar al vehículo sin dificultad. Una vez lo hubo parado, saltó fuera y contempló con rostro ceñudo la rueda inesperadamente

deshinchada.

—En fin —se resignó—. Tendré que cambiarla… con lo que el ahorro del tiempo se ha ido al cuerno.

Por otra parte, tampoco tenía prisa alguna, en realidad. Se quitó la chaqueta, que dejó en el asiento delantero, y empezó a remangarse la camisa. Era cuestión de gato y llave inglesa.

De pronto, cuando ya tenía el gato en la mano, recordó una frase que había pronunciado la señora Hallass:

«Aunque sea de día, al viajero que cruza el Rotwald se le hace de noche en el camino…».

Gustav Ugler no era supersticioso, pero sintió un escalofrío.

Aquel inoportuno pinchazo…

Se había quedado inmóvil durante unos segundos. De pronto, sin saber por qué, corrió al maletero y apretó la rueda de repuesto con la mano derecha.

El neumático cedió.

No había aire en la rueda de repuesto.

Ugler se hubiera dado de bofetadas. ¿Cómo no se le había ocurrido comprobarlo antes de emprender el viaje?

Malhumorado, sintió deseos de tirar el gato contra el coche. Luego procuró serenarse.

Sennenfeld no estaba tan lejos, tres kilómetros a lo sumo. Menos de una hora a pie. En Sennenfeld encontraría a alguien que viniera con su coche, tal vez había taxis…

De pronto, oyó una voz a su espalda:

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero?

* * *

Ugler se estremeció. Luego, muy lentamente, giró en redondo y se enfrentó con la autora de la pregunta.

Porque era una mujer, muy hermosa, morena, alta, de estilizada silueta y ojos verdosos, vestida con elegante discreción. El esbelto cuerpo de la joven estaba cubierto por un *pullover* de cuello alto, color rojo vino, pantalones negros y botas de media caña.

Ugler se quitó el sombrero en el acto.

—Dispénseme, señora, pero soy un conductor de lo más tonto que uno pueda imaginarse —manifestó, sonriendo muy aliviado al ver disipadas sus aprensiones—. Se me ha pinchado una rueda y no hay aire en la de repuesto. Ahora mismo iba a ir a Sennenfeld en

busca de ayuda…

—Mi casa está mucho más cerca —dijo la hermosa desconocida —. Tengo un coche idéntico al suyo. Con gran placer le prestaré una rueda, para que haga el cambio.

—Señora, no quisiera ser fuente de molestias…

—Por favor —rogó ella, con encantadora sonrisa—. Además, soy soltera. Me llamo Karin Schowe.

—Gustav Ugler —dijo el viajero—. Encantado de conocerla, señorita Schowe.

—Venga conmigo, por favor.

Ugler sacó la chaqueta del coche y se la puso mientras echaba a andar a través del bosque. La espesura del arbolado le impidió ver la casa, hasta que estuvo a muy poca distancia.

Era un edificio antiguo, de tejado picudo, planta baja y primer piso, con vigas a la vista. Karin le indicó la puerta de un garaje.

—El coche está ahí —dijo—. Pero ¿no le gustaría tomar antes una taza de café?

Ugler contempló la casa unos momentos. De nuevo volvió a recordar las siniestras frases de la posadera.

—Perdone un momento, señorita Schowe —sonrió—. ¿Tiene su casa algún nombre?

Karin sonrió también.

—Apostaría algo a que le han contado cierta absurda leyenda sobre el bosque y la Wolfhaus —dijo.

—Pues sí…

—Pero mi casa no es la Wolfhaus —añadió ella rápidamente—. En realidad, no tiene ningún nombre. Es, simplemente, mi residencia.

—Un lugar muy atractivo, todo hay que decirlo, señorita Schowe.

—Estoy pasando aquí una temporada, porque debo curarme una depresión nerviosa. El clima es excelente y el lugar aislado, tranquilo y silencioso, tal como me recomendó el médico que me asistía. Entre, se lo ruego.

Ugler siguió a la joven. Todos sus temores se habían disipado ya. No existía la Wolfhaus. Era sólo una leyenda, muy bonita, pese a su tétrico argumento…, pero una leyenda.

Entró en la casa, de estilo antiguo, con muebles tal vez pesados,

pero muy atractivos. Karin se acercó a una pared y tiró de un cordón. A los pocos momentos, apareció una mujer de mediana edad, vestida de negro con vivos de encaje blanco.

—Café, por favor, señora Richter —pidió.

—Sí, señorita; al momento.

Ugler no sabía qué decir. Karin era extraordinariamente hermosa, pero no se atrevía a entablar con ella una conversación. ¿Qué podía decirle a aquella muchacha que había ido a Rotwald para curarse de una afección nerviosa?

A la izquierda de la entrada se veía el arranque de una escalera que conducía al piso superior. El pasamanos era de madera oscura, encerada, y el corredor que daba a las habitaciones era voladizo, en balcón, contorneando tres de los lados de la gran sala vestíbulo. En la pared que estaba libre, se hallaba la chimenea, con una enorme repisa de piedra labrada con extraños dibujos.

Bajo el tramo central del balcón, había dos puertas. Un hombre apareció súbitamente y se quedó parado al ver un visitante en la casa.

—Hola —dijo.

Ugler contempló al sujeto. Era delgado, de mediana edad, y sobre su nariz ganchuda cabalgaban unos lentes con cerco de oro. Vestía una bata manchada y tenía las manos enfundadas en unos gruesos guantes de cuero.

—Señor Kahner, le presento al señor Gustav Ugler —dijo Karin —. Señor Ugler, el señor Kahner.

—Es un placer —dijo el visitante.

—Encantado —contestó Kahner—. Karin, tengo trabajo; deberás dispensarme…

—Sí, por supuesto.

El hombre se marchó en dirección al piso superior La señora Richter apareció a los pocos momentos con el servicio de café.

—Déjenos, Hettie —dijo Karin.

—Bien, señorita.

Karin llenó las tazas. Kahner bajó del piso superior y se volvió a meter por la puerta de la que había salido momentos antes.

Ugler se sentía forzado en la casa. Su único deseo era abandonarla lo más pronto posible, pero la cortesía le impedía manifestar una prisa excesiva, sobre todo, sabiendo que iban a

prestarle una rueda en buenas condiciones.

Hubo unas cuantas frases intrascendentes. Ugler llegó a la conclusión que, pese a su enfermedad, Karin no se sentía demasiado a gusto en aquella especie de isla perdida en el bosque, que casi podía calificarse de enclaustramiento. No obstante, le extrañó que la señora Hallass no le hubiese mencionado aquella casa situada sólo a tres kilómetros del pueblo.

Al cabo de unos minutos, consultó su reloj. Karin comprendió el gesto.

—Veo que tiene prisa —sonrió—. Le acompañaré al garaje. Yo iré con usted en el coche y luego me lo traeré a casa.

—Pero la rueda…

—Ya me la devolverá cuando le sea posible, no se preocupe.

Salieron de la casa. En aquel momento, Kahner apareció por la esquina opuesta al garaje, seguido de un fornido individuo que iba armado con una escopeta de dos cañones.

—¡Señor Kahner! —exclamó la muchacha.

—¡Ya está de nuevo ese entrometido de Frank Kopje metiendo las narices donde no debe! —exclamó Kahner, muy furioso—. Nilss y yo vamos a ver si le sorprendemos y le damos una buena lección para que aprenda de una vez.

—Pero, a tiros…

—No se preocupe, Karin; la escopeta está cargada solamente con sal. Le aseguro que Kopje va a tener que dormir boca abajo durante un mes.

Los dos hombres corrieron hacia el bosque. Karin se volvió hacia el atónito Ugler.

—Kopje es un cazador furtivo, pero eso sería lo de menos, si no fuese porque le gusta acercarse a la casa y fisgonear a través de las ventanas. En especial, a las horas en que la señora Richter y yo nos levantamos o nos disponemos a acostarnos.

—Oh, ya comprendo —Ugler sonrió—. Entonces, se tiene bien merecido un disparo de sal en… bueno, ahí, donde ha dicho el señor Kahner.

Karin rió suavemente.

—¿Vamos?

Momentos después, salían del garaje. Ugler se dio cuenta de que si bien ella le había conducido a través del bosque, había un

sendero que conducía al camino donde se hallaba su automóvil.

El cambio de ruedas se hizo sin dificultad. Ugler prometió devolvérsela a su dueña con la mayor rapidez posible.

—No tengo ninguna prisa —contestó ella—. Si le resulta inconveniente, déjelo para mejor ocasión. Disponemos también de una furgoneta, con la que podríamos arreglamos, en caso necesario.

—Como usted guste, señorita. Muchas gracias de nuevo.

Ugler subió al coche y lo hizo arrancar, después de un último saludo con la mano. A través del espejo, vio a la joven, de pie junto al camino, erguida como una deidad del bosque.

Tal vez, en otros momentos, Karin, sin el menor velo sobre su espléndido cuerpo, se sentaría a la orilla de algún remanso espejeante, para peinarse su frondosa cabellera, mientras entonaba alguna dulce canción, para atraer a algún incauto viajero, como una nueva Lorelei del bosque… como la hechicera del Rhin, que encantaba con sus cánticos a los bateleros que navegaban por las aguas del gran río.

Pero no eran más que leyendas, se dijo, mientras contemplaba las sombras de los árboles, que se alargaban a medida que el sol descendía hacia el horizonte. Leyendas, como la de la Wolfhaus, concluyó, cuando, al fin, hubo atravesado el Rotwald, sin que se hubiese cumplido la lóbrega profecía de la señora Hallass.

* * *

El inspector Gatow, de la policía muniquesa, parecía muy preocupado.

—Parece que tienes problemas —observó Ugler.

Joachim Gatow asintió.

—Los tengo —confirmó, mientras aceptaba la copa de coñac que le ofrecía, su anfitrión—. ¿Qué tal tu viaje?

—Estupendo. He tomado muchas fotografías y apuntes… Tengo trabajo para todo el invierno.

Gatow contempló el último cuadro de Ugler, un paisaje estallante de luz y una tierra desolada amarilla, en la que sólo se veía un molino de viento y el tejado de una casa.

—España —dijo.

—Sí, Castilla… Bueno, la Mancha. ¿Qué te parece?

—Eres caro para mí —sonrió el policía—. Pero hiciste bien al abandonar el cuerpo. Con tus facultades, no podías limitarte a una

labor de rutina, aunque confieso que me hubiera gustado tenerte ahora como ayudante.

—Bien, pero aún no me has contado qué te ocurre —dijo Ugler.

Gatow suspiró. De pronto, sacó algo del bolsillo y lo lanzó al aire.

Ugler atrapó el brillante disco dorado en pleno vuelo.

—Eh, es una moneda muy antigua —dijo.

—Sí, una pieza de la época de Carlos I de España. Un ducado, acuñado en mil quinientos veintiocho.

—¡Pero esto vale una fortuna, Jo! —exclamó Ugler. Para llamar a su amigo, empleaba siempre la abreviatura del nombre completo.

—Lo valdría si fuese auténtico, Gustav.

Ugler respingó.

—Jo, no me digas que…

—Los expertos en numismática han dictaminado ya. Es falso.

—Pues nadie lo diría, créeme. Claro que yo no entiendo mucho de monedas antiguas…

—Ni los compradores tampoco, pero pagan por esas monedas verdaderas fortunas. Están perfectamente imitadas, todo hay que decirlo. Ahora bien, si su peso es de unos quince gramos, lo que significa un valor intrínseco de unos cuarenta marcos, el valor supuestamente numismático puede llegar a los veinte, treinta e incluso cuarenta mil marcos.

—¡Caramba! Eso significa que con un kilo de oro…

—Se puede llegar a conseguir, sin dificultad, el millón de marcos.

—Comprendo. Pero, dime: ¿cómo habéis llegado a saber que se trata de una falsificación?

—Gustav, no son sólo ducados españoles, sino también libras esterlinas del tiempo de Isabel I y libras francesas de la época de los Médicis. En fin, todas las monedas antiguas están representadas en estas falsificaciones, pero, a pesar de todos nuestros esfuerzos, todavía no hemos conseguido encontrar esa fábrica de moneda.

—Pero los compradores…

Los compradores hablan de un tal *Herr* Schmidt, que es tanto como decir Juan Nadie —contestó Gatow amargamente—. Una cosa es segura: Schmidt conocía muy bien a los aficionados, con dinero, por supuesto, cosa que le ha permitido realizar notables y

suculentas operaciones. Hasta ahora, calculamos que ha conseguido más de cuatrocientos mil marcos, pero puede que el beneficio total suba a mucho más del doble.

—Hay compradores que se niegan a admitir que sus monedas sean falsas, por no pasar por la vergüenza de que los demás sepan que han sido engañados —sonrió Ugler.

—Exactamente, lo cual, como puedes comprender, dificulta nuestra labor todavía más. —El inspector Gatow se puso en pie y contempló de nuevo el cuadro situado sobre su caballete—. Me gustaría ser millonario para comprártelo —dijo sinceramente.

Ugler se echó a reír.

—A mí también me gusta mucho —dijo—. Puede que no lo venda nunca.

Gatow se marchó y Ugler quedó solo frente al cuadro. Pero lo que tenía ante sus ojos, en realidad, era la imagen de la hermosa Karin Schowe.

CAPÍTULO III

DE pronto, la mujer, al pasar por delante de la puerta de la casa, lanzó un agudo grito de terror.

Durante unos minutos, la mujer contempló la horrible señal que había en la puerta de la casa. Luego llamó:

—¡Franz, Franz Kopje!

Un hombre de rostro sin afeitar, desgreñado y en mangas de camisa, se asomó a la ventana del primer piso.

—¿Qué diablos quiere, señora Hanver? —Preguntó de mal talante, mientras se rascaba desaforadamente el espeso vello que asomaba por la abertura de la poco limpia camisa—. ¿Por qué diablos me despierta tan pronto?

—Baja, malvado, baja y mira la señal que tienes en la puerta. —Hannelore Hanver hizo la señal de la cruz y se alejó rápidamente—. Estás condenado, Franz, condenado por descreído…

Kopje se quedó parado un instante. Su mujer estaba todavía en la cama, boca arriba, resoplando ruidosamente, con la pierna derecha fuera del embozo de las sábanas.

La habitación olía intensamente a alcohol barato. Maldiciendo entre dientes, Kopje abandonó el dormitorio y descendió a la planta baja.

Abrió la puerta. Una fuerte sacudida recorrió su cuerpo al ver la roja marca impresa sobre la madera.

Parecía la huella de un lobo gigantesco, tan grande como un caballo. El color era rojo sangre, muy intenso, con algunos goterones que se habían escurrido hacia abajo. Aquella marca era, incluso, mayor que la mano del propio Kopje.

Durante unos segundos, permaneció como aturdido. Sí, conocía la leyenda, como todos, pero jamás había dado crédito a semejantes tonterías. Ahora, sin embargo, tenía ante los ojos una prueba irrefutable de que la historia del lobo gigantesco que merodeaba

por la comarca era algo real y auténtico.

De pronto, saliendo de su aturdimiento, corrió al piso superior y zarandeó a su mujer, no menos aficionada que él a la bebida.

—Despierta, estúpida —gritó—. Vamos, arriba; hemos de irnos inmediatamente…

La señora Kopje abrió un ojo, enturbiado todavía por los vapores alcohólicos.

—¿Qué… qué diablos te pasa…? —tartajeó—. Todavía es demasiado pronto…

—Maldita… ¡El lobo, el lobo! —gritó Kopje descompuestamente —. ¡Ha dejado su marca en la puerta de la casa…!

Ella se sentó inmediatamente.

—El lobo —repitió.

—Sí, yo mismo la he visto… Aprisa, tenemos que irnos antes de que se cumpla la maldición…

Lotta Kopje se puso en pie torpemente y empezó a vestirse. Su esposo se sentía terriblemente nervioso. Nunca había creído semejantes leyendas…, pero ahora no podía negar lo que había visto con sus propios ojos.

El lobo del bosque había dejado la señal de su zarpa. Si no abandonaban pronto la comarca, morirían.

Sentía una sed espantosa. En el dormitorio no había más que una botella vacía. Después de contemplarla al trasluz, Kopje la arrojó furioso contra un rincón.

Luego bajó a la estancia de la planta baja, que era sala y cocina todo a un tiempo. Sobre la mesa, en la que aún estaban los cacharros sucios de la cena de la víspera, se veía una botella intacta.

—Vaya, no comprendo cómo se nos pudo pasar anoche por alto —masculló Kopje.

Pero no dio demasiada importancia al detalle. Quitó el tapón y se sirvió una generosa dosis en un vaso nada limpio y lo vació de un trago.

Chasqueó la lengua.

—Está bueno —dijo.

El alcohol le infundió cierto calorcillo en las venas. Empezó a pensar de nuevo en la marca del lobo.

Algún bromista, se dijo, mientras llenaba el vaso nuevamente.

Bebió por segunda vez. De súbito, se puso rígido.

Sus ojos voltearon un segundo en las órbitas. La botella se escurrió de sus dedos repentinamente sin fuerzas y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Kopje siguió a la botella un segundo después.

* * *

La chica era muy bonita, rubia, de agradable silueta, y Ugler la conocía bastante desde hacía algún tiempo. Por eso la detuvo al encontrársela en plena calle.

—¡Greta! —exclamó.

Ella parecía muy preocupada, ya que no le había visto al principio. Pero se detuvo y sonrió al reconocerle.

—Gustav, qué alegría —dijo, a la vez que le tendía la mano—. ¿Dónde has estado?

—De viaje —contestó él—. Oye, ¿sabes que te encuentro más guapa que nunca?

—Tú siempre has sido un adulador…

—Te aseguro que digo la verdad. Estás guapísima. Por cierto, ¿qué hace el ilustre y activo señor Wess?

Greta dejó de sonreír en el acto.

—No lo sé —contestó—. Hace algunas semanas que no tengo noticias suyas y, a decir verdad, aunque en ocasiones se pasa el tiempo sin comunicarse conmigo, ahora encuentro que es ya un plazo demasiado largo. Sinceramente, temo que le haya ocurrido algo.

Ugler se puso serio también.

—Ven —dijo, señalando una cervecería próxima—. Me lo contarás todo mejor delante de algo caliente.

Greta Wess aceptó la proposición en el acto. Ella y Ugler eran antiguos conocidos, aunque la amistad no había derivado a sentimientos más profundos. Pero había la suficiente confianza entre ambos para que la muchacha se franquease con él sin remilgos.

Ugler pidió cerveza y café. Después de que la camarera hubo servido el pedido, Greta le explicó los motivos de su preocupación.

—Se trata de un antiguo cliente de mi padre, gran aficionado a la numismática. El señor Beck compró un par de monedas antiguas, por las que pagó sesenta y cinco mil marcos. Luego resultó que las monedas eran falsas, aunque el oro es auténtico. A Beck le supo

muy mal. En cierto modo, es un tipo algo rencoroso. No le gusta que le engañen, vamos. Si las monedas hubieran sido auténticas y le hubiesen pedido el doble, habría pagado, sin vacilar; pero el enterarse de que se trataba de una falsificación le hizo poner el grito en el cielo.

—Y contrató a tu padre.

—Sí. Tú ya sabes que yo tengo un trabajo independiente; con sinceridad, la profesión de mi padre no me gusta, pero no voy a decirle que la deje. Bien, resumiendo, mi padre encontró una pista y dijo que iba a seguirla. Marchó de casa hace algunas semanas, prácticamente un mes, y ya no he vuelto a verle.

—¿No te ha escrito? ¿No ha telefoneado siquiera?

—Bueno, hará cosa de quince días llamó desde un pueblecito donde se había detenido a descansar unos minutos y dijo que regresaba ya, aunque, lógicamente, no dio detalles por teléfono ni yo le pregunté si había conseguido algo. Pero desde su llamada de Sennenfeld ya no he vuelto a saber de él.

Ugler parpadeó.

—¿Has dicho Sennenfeld? —preguntó.

—Sí. ¿Acaso conoces ese pueblo?

El joven se acarició el mentón pensativamente.

—Es curioso —dijo—. Yo estuve allí hará dos semanas… Bueno, menos tiempo, unos diez días. Claro que no se me ocurrió que tu padre hubiera podido pasar por esa aldea… ¿No te insinuó siquiera algo acerca de una posible pista sobre el falsificador?

—No. Lo único que puedo decirte es que Sennenfeld fue el último sitio en que estuvo. O, por lo menos, yo lo pienso así. Pero estoy muy preocupada, créeme…

Ugler meditó un momento.

—Dices que se paró unos minutos en la aldea —habló al cabo.

En efecto. Supongo que haría lo que muchos conductores después de varias horas de viaje: tomaría un café o un bocadillo… Vería un teléfono público y me llamó desde allí. Pero eso es ya todo lo que sé.

—Greta, yo también estuve en la posada del pueblo. Por lo que pude apreciar, es el único lugar donde se puede tomar algo. Si me lo permites, iré a hablar con la dueña de la posada. Quizá ella pueda darme algún dato.

—Oh, Gustav, no quisiera que…

Ugler sonrió.

—Puedo marcharme siempre que guste —dijo—. A fin de cuentas, yo soy mi propio patrón.

Pero lo que no dijo el joven es que, además de hacer un favor a una buena amiga, quería ver de nuevo a la hermosa Karin. Schowe, de cuyos encantos se sentía más prendado de lo que le hubiese gustado admitir.

—Iré y te llamaré en cuanto sepa algo —añadió.

Greta sonrió.

—Supongo que no habrás olvidado lo que aprendiste en la Policía —dijo.

—Oh, no estuve tanto tiempo; sólo cinco años. Pero ya sabes, me tiraba más la pintura…

—Y estás en camino de hacerte famoso.

—No puedo quejarme, mis cuadros se venden bastante bien. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Te lo agradeceré, Gustav.

Una hora más tarde, Ugler regresaba a su departamento, situado en la Koenigstrasse, frente al Englisher Garton. Estaba situado en un amplio ático, con toda una pared encristalada, al que se había mudado sólo hacía unos cuantos meses, después de una exposición con notable éxito de crítica y ventas. Aunque no se podía decir que fuese un lugar apartado, tenía, sin embargo, una magnífica vista sobre el parque y, en cierto modo, estaba aislado de los restantes vecinos del edificio.

Abrió la puerta. Entonces vio que tenía una visitante.

Era una hermosa mujer, muy rubia, de ojos azules y, aunque no podía verla, se imaginó poseía una silueta escultural, cubierta por un valioso abrigo de pieles. Ella sonrió al verle entrar.

Ugler se quedó parado.

—Señora…

—Usted es Gustav Ugler, el famoso pintor —dijo la mujer.

—Bien, pinto, sí, pero famoso…

—Me llamo Olga Vorklund y debo pedirle me disculpe por haber entrado sin permiso en su casa. Pero no quería irme sin haber hablado con usted, de ahí mi atrevimiento, señor Ugler.

—Está disculpada —sonrió él—. Señora Vorklund, si me permite

ofrecerle de beber…

—Muchas gracias, ya he tomado una copa, también sin su permiso. Señor Ugler, deseo que me haga un retrato de cuerpo entero.

Ugler parpadeó.

—Bien, la verdad es que yo no me dedico al retrato… Claro que podría hacerlo, aunque no garantizo los resultados…

Olga sonrió, mientras inclinaba una botella sobre una copa situada al alcance de sus manos.

—¿Por qué no lo intenta? —dijo, con seductora sonrisa.

Ugler contempló a la mujer, mientras avanzaba hacia él con la copa en la mano. La otra mano sujetaba el broche con el que se cerraba el abrigo por la parte superior.

—Verá, señora Vorklund —dijo Ugler—, la verdad es que, por ahora, no puedo comprometerme. He de salir mañana de viaje… En todo caso, a mi vuelta, pero no sé cuándo regresaré…

—Oh, qué decepción —exclamó ella—. Yo había puesto tanta ilusión en el retrato… De cuerpo entero, por supuesto.

—Sí, ya lo ha dicho antes, señora.

Olga sonreía de un modo extraño. De pronto, dio media vuelta y se alejó unos pasos. Luego giró nuevamente.

Mientras se volvía, el abrigo resbaló y cayó al suelo. Olga se ofreció a los atónitos ojos del joven en todo el esplendor de un cuerpo sin tacha.

—Quiero que haga un desnudo clásico —dijo ella.

Ugler tenía la copa en la mano. De pronto, se la llevó a los labios.

—Es… póngase el… el abrigo… —tartamudeó.

Había tomado un sorbo de licor y dejó la copa a un lado. Avanzó hacia la excéntrica visitante, se inclinó y le puso el abrigo de nuevo.

—Por favor, señora —rogó.

Ugler estaba detrás de ella. Olga le miró por encima del hombro.

—¿No me encuentra atractiva?

—Señora…

Durante un segundo, Ugler se dejó arrastrar por un vértigo extraño. Algo danzó ante sus ojos en un estallido multicolor, que le hizo sentirse como flotando en el espacio. El abrigo desapareció de nuevo.

Pero el instinto hizo reaccionar a Ugler y con un gran esfuerzo de voluntad dio un paso atrás.

—Por favor, señora —dijo.

Olga se puso seria.

—Creí que sería usted más sensible a los encantos femeninos —exclamó.

Por segunda vez, Ugler se inclinó y cubrió el cuerpo de la visitante. Sobre una silla divisó ropas femeninas y comprendió que Olga había estado preparada así desde su llegada.

—Pase al otro lado de aquel biombo y vístase —dijo secamente.

Olga se encogió de hombros.

—Parece que no estoy en forma —comentó con frialdad.

Y con las ropas en un brazado, desapareció al otro lado del biombo.

Mientras ella se vestía, Ugler volvió a coger la copa y se la llevó a los labios. Pero, de súbito, creyó percibir un olor extraño en el *brandy* y la apartó a un lado. Ya bebería más tarde, cuando ella se hubiese marchado.

La extraña visitante se hizo visible pocos minutos más tarde.

Sonreía.

—Quizá volvamos a vernos pronto —dijo.

—Es probable, pero, dígame, ¿tengo algo especial que seduce a las mujeres hermosas instantáneamente?

Olga contestó con una ambigua sonrisa. Agarró el bolso y el sombrero de abrigo de pieles y se dirigió hacia la puerta.

Instantes después, Ugler se quedaba solo. Entonces fue a la botella, pero volvió a notar el mismo olor.

Por fortuna, tenía *brandy* de repuesto. En la siguiente botella no se percibía ningún aroma que no fuese el propio del licor.

CAPÍTULO IV

EL inspector Gatow le llamó por teléfono dos días más tarde:

—Tenías razón, Gustav; había drogas en el coñac.

—¿Seguro?

—Era una pócima explosiva. Con un par de copas, te hubieses echado a volar.

—Sólo tomé un par de sorbos, lo equivalente a dos cucharadas soperas, y me pareció que todo estallaba en colores a mi alrededor. Aproximadamente, un tercio del contenido de la copa.

—Con dos copas, repito, te hubiera podido pasar algo muy grave. Entre otras cosas, había una buena cantidad de LSD.

Ugler sintió un escalofrío.

—Hubiera podido…

—Quizá te hubiese dado por creer que podías volar y te hubieses tirado del ático a la calle. Son siete pisos, ¿no?

—Sí, en efecto. Pero ¿quién diablos lo hizo?

—No tengo la menor idea, Gustav —respondió Gatow—. Y, otra cosa, tampoco he podido encontrar antecedentes de ella. Quizá te dio un nombre falso. En todo caso, el retrato suyo que hiciste de memoria, tampoco nos ha servido de mucho. Nadie conoce a Olea Vorklund.

—Está bien, Jo; de todos modos, muchas gracias. Oye, por cierto, voy a estar ausente unos días.

—¿Otra vez? —Se extrañó el policía.

—Sí, pero no estaré fuera mucho tiempo. Te llamaré a mi vuelta.

Ugler hizo una llamada a continuación.

—¿Greta?

—Sí —contestó la muchacha—. Gustav, supongo.

—En efecto. ¿Tienes alguna noticia de tu padre?

—No, en absoluto. Cada día estoy más…

—Me lo imagino. Escucha, Greta, siento no haber podido partir

antes, pero… tuve un trabajo que me lo impidió. Mañana mismo emprenderé viaje con dirección a Sennenfeld. Volveré a llamarte apenas tenga noticias.

—Muy bien. Gustav, no sabes qué agradecida estoy…

—Bah, no merece la pena; lo hago con mucho gusto. Hasta la vista, Greta.

Ugler encendió un cigarrillo al terminar la comunicación. El retraso en la partida se debía a haberse visto obligado a esperar el resultado del análisis de la botella de coñac, tarea solicitada a su amigo el inspector Gatow. Tal como suponía, había una gran dosis de drogas en el licor, pero el instinto —¿o quizá su buena suerte?— le había evitado la ingestión de más coñac.

El instinto debía de haber sido, se dijo. No tenía la menor idea de los propósitos de Olga Vorklund, pero el hecho de que se le hubiese presentado de manera tan inesperada, ofreciéndosele, además, con absoluta falta de pudor, le había hecho recelar desde un principio.

Nunca había sido ajeno a la seducción de una mujer hermosa, pero Olga había actuado de una forma que había despertado en él un instintivo sentimiento de defensa. Por eso había rechazado el desvergonzado ofrecimiento de sus encantos.

De haber sucumbido a la tentación, era muy probable que ella le hubiese empujado a beber más y más… y las drogas hubiesen hecho presa en su cerebro… y tal vez Olga le hubiese sugerido la idea de que podía volar libremente como los pájaros… y hubiera saltado desde la terraza exterior. Había más de veinte metros hasta el suelo de la calle, con lo que el resultado de tal «vuelo» podía imaginarse fácilmente.

Pero ello sugería de inmediato la idea de un asesinato.

Un asesinato diabólico.

¿Por qué?

Sacudió la cabeza. Resolver el asunto que Greta Wess le había planteado tan inopinadamente, era mucho más importante.

Y por si fuese poco, tenía la posibilidad de ver de nuevo a la hermosa Karin Schowe.

Dejó de pensar. Lo que ahora convenía era la acción y empezó a preparar el equipaje.

* * *

Al día siguiente, cerca de las doce, entraba en Sennenfeld.

Como de costumbre, la aldea parecía quieta, medio dormida. Apenas si se veían transeúntes por la calle. Ugler encaminó su coche directamente hacia la posada.

Momentos después, entraba en la casa. Al oír el ruido de la campanilla, agitada por la puerta que se abría, María Hallass salió de una habitación interior.

—Señor —dijo, mientras se secaba las manos en el delantal.

—¿Cómo está, señora Hallass?

—Ah, me conoce…

—Sí, pasé por aquí hace un par de semanas, aunque sólo me detuve a tomar una cerveza. Usted me habló entonces de la Wolfhaus, recuerde.

—Oh, sí, ya caigo —María sonrió—. Seguro que no atravesó el Rotwald, tal como le aconsejé.

—Pues… la verdad es que no hice caso de su consejo. Siento tener que decírselo, pero así es.

María se santiguó rápidamente.

—¿Y no le sucedió nada? —dijo, asombrada.

—Aquí estoy, ¿no? —Sonrió el forastero—. Señora Hallass, voy a pasar unos días en Sennenfeld. Quizá usted pueda proporcionarme una habitación.

—Con mucho gusto, señor…

—Ugler, Gustav Ugler. Pero me agradaría hacerle una observación.

—Sí, señor Ugler.

—Hay una casa a unos tres kilómetros del empalme. Viven allí unas cuantas personas…

—Es cierto. Alguna vez he visto en la aldea a la señora Richter, el ama de llaves. Viene a comprar provisiones.

—Pero ¿esa residencia es la Wolfhaus?

—O, no, señor; la Wolfhaus sólo se hace visible a los que van a entrar en ella y no salen jamás ya vivos, porque los devora la casa —contestó la posadera, con acento de absoluto convicción en lo que decía.

—Entonces, los que viven en la casa del bosque no deben de sentir ningún temor hacia la Wolfhaus.

—La verdad es que no se lo he preguntado. Para mí que usan

algún encantamiento especial, que impide a la Wolfhaus hacerles el menor daño. Aparte de eso, creo que no salen jamás por la noche. Por tanto, pueden vivir allí perfectamente.

—Bueno, pero usted me dijo que el que atraviesa el bosque, aunque sea de día, la noche se le echa encima…

—Sí, es cierto, pero ya le digo que los que viven en esa casa deben de usar alguna fórmula mágica para no ser atacados por la Wolfhaus. —De pronto, María bajó la voz—: ¿Sabe que esa casa horrible, en ocasiones, se convierte en un lobo gigante?

Ugler procuró mantener la compostura. La credulidad de la posadera rebasaba los límites de lo imaginable.

—Se convierte en un lobo…

—Sí, y cuando desea la muerte de alguien, deja la marca de su pata en la puerta. Una marca más grande que la palma de mi mano, roja, del color de la sangre… Esa marca apareció en la puerta de la casa de Franz Kopje y desde entonces está en cama, sin comer ni beber, ni moverse en absoluto. Va a morirse de hambre y sed un día de éstos, ¿comprende?

María Hallass hablaba completamente en serio, pensó Ugler. Era una mujer muy crédula, pero, por lo mismo, absolutamente convencida de que cuanto decía era la pura verdad.

—Me suena el nombre de Kopje… —murmuró.

—La verdad, era un individuo detestable. Borrachín, vago, gandul… Es cierto que, de cuando en cuando, hacía algunos trabajos para los vecinos de la aldea, pero le gustaba mucho más ir a cazar. Y su mujer es tan bebedora como él, aunque desde que cayó en cama con esa extraña enfermedad, no ha vuelto a empinar el codo…

De pronto, Ugler recordó.

Kopje, el cazador furtivo a quien Kahner y el otro individuo querían pegarle un escopetazo de sal. Ahora se hallaba, al parecer, bajo el influjo de una enfermedad misteriosa, que le tenía sumido en coma, si había de hacer caso a las palabras de la posadera.

—Sí, hay gente así —convino con naturalidad—. Señora Hallass, ¿quiere enseñarme mi habitación, por favor?

—Oh, sí, dispénseme, señor Ugler. Cuando me pongo a hablar, me olvido de todo…, pero es que también así me desahogo un poco. A todos nos ha puesto muy nerviosos lo que le sucede al pobre

Franz Kopje… No era un vecino demasiado apreciado, pero a nadie le gusta que haya caído bajo la maldición del lobo gigante… Incluso se habla de que algunos quieren salir a matarlo…

Ugler sonrió para sí, mientras, con el maletín en la mano, seguía a María hacia la escalera que conducía al piso superior. Momentos después, entraba en la habitación que le había sido asignada.

Pese a la modestia del establecimiento, la habitación tenía baño individual, cosa que Ugler agradeció íntimamente. María anunció que tendría la cena lista para las siete y media.

—¿Se la subo a la habitación? —consultó.

—Gracias, prefiero cenar en el comedor. Ah, una pregunta, señora Hallass.

—Sí, señor —contestó ella desde la puerta.

—Me gustaría saber si ha visto usted en Sennenfeld a un conocido mío. Se llama Armin Wess, tiene unos cincuenta años, es más bajo que yo, casi calvo y algo grueso. Estuvo aquí hará, un par de semanas; lo sé, porque llamó a su hija desde la posada. Es decir, usó el teléfono para hablar con ella en Múnich…

—¿Wess? Sí, lo recuerdo, aunque no dio su nombre entonces. Era ya bastante tarde y llovía muchísimo. Hizo la llamada, como usted dice, y tomó una taza de café. Yo me permití aconsejarle que no atravesara el Rotwald, pero él se sonrió y no dijo nada. No he vuelto a verle más.

Ugler frunció el ceño.

—¿Le dijo usted que no tomara el atajo? —preguntó.

—Sí, en efecto. Me pareció un poco socarrón, aunque, si le he de ser sincera, no sé si haría caso de mi consejo.

—Ha dicho que llovía aquella noche…

—Mucho. Estuvo lloviendo hasta la medianoche. Luego paró y, cosa rara, ya no ha vuelto a caer una sola gota. Realmente, tenemos un tiempo espléndido.

—Muchas gracias, señora Hallass.

La posadera se retiró. Ugler empezó a deshacer el equipaje.

Sería cosa de recorrer el Rotwald. Durante el día, por supuesto, pensó.

Ya no cabía la menor duda de que el padre de Greta había estado en Sennenfeld. Pero ¿había tomado el atajo?

En tal caso, ¿se había cumplido en él la tétrica leyenda de la

casa que era un lobo?

Sacudió la cabeza. Leyendas, nada más que leyendas.

A Armin Wess debía de haberle ocurrido algún desgraciado accidente. El bosque era escasamente transitado. Si había muerto, cabía la posibilidad de que su cadáver no hubiera sido descubierto todavía.

* * *

Al hacerse de noche, bajó al comedor.

Era una pieza separada en parte del local destinado a taberna, por un enrejado de madera. Frente al mostrador, unos cuantos sujetos charlaban animadamente, en tanto tomaban unas jarras de cerveza.

—Está decidido; mañana por la noche, iré yo a atacar la Wolfhaus —dijo uno de los bebedores.

—No seas loco, Hans Cramer. La casa maldita te devorará…

—¡Pamplinas! Yo no temo a los lobos ni a ningún ser viviente. Y si es cierto que esa casa puede convertirse en una fiera, yo la mataré con mi escopeta.

—Cargada con balas de plata, supongo —dijo otro irónicamente.

—Con buenas postas loberas es más que suficiente. Las balas de plata no son sino parte de la leyenda y, además, cuestan carísimas —respondió Cramer con suficiencia.

—Será leyenda, todo lo que tú quieras, pero ahí tienes a Franz Kopje, muriéndose de hambre y sed en su lecho. El lobo gigante puso su marca en la puerta y aquel mismo día, apenas la vio, cayó sin sentido y así continúa.

—Fíjate si su mujer se asustó, que bebía tanto o más que él, y desde entonces ya no ha probado una gota de licor —dijo otro, riendo desaforadamente.

—Lo que pasa es que Franz cayó malo del susto y no se ha recuperado —masculló Cramer—. Pero yo iré mañana a matar a la Wolfhaus.

—¿Y por qué no esta noche?

Cramer apuró su jarra de cerveza.

—Siento no poder contestar a esa pregunta —dijo.

Arrojó una moneda sobre el mostrador y se marchó. Los otros bebedores continuaron riendo, a la vez que hacían comentarios mordaces sobre el ausente.

—Yo ya sé por qué no va esta noche —dijo uno.

—En su lugar, yo tampoco iría.

—Claro, el marido está de viaje…

—Anda, mira que si regresara de sopetón y les pillara en la cama, se iba a organizar una buena…

Ugler ocultó una sonrisa, mientras consumía el excelente guisado de buey que le había servido María Hallass. Sí, era comprensible que el fanfarrón Hans Cramer pospusiera para la noche siguiente su excursión de caza.

—Pero no comprendo por qué quiere hacer semejante locura… —dijo a poco otro de los bebedores.

—Tonto, es bien sencillo. Hans va a presumir delante de Marfa Trautlof. A fin de cuentas, acabará casándose con ella, porque el lío con la otra se terminará un día u otro. Hans quiere conquistar a Marfa, eso es todo.

—La verdad, yo tampoco creo en la leyenda —manifestó otro individuo—. Y si no, ¿por qué hay gente viviendo en la residencia que fue de los Hennings?

—Esos usan algún encantamiento. Yo he visto un gran resplandor en la noche… Seguro que así espantan a la Wolfhaus…

Ugler escuchaba sin perder una sílaba. A veces le parecía mentira semejante mezcla de estupidez aldeana y superstición retrógrada. Probablemente, ninguno de los que hablaban creía a fondo en la leyenda, aunque sí se sentían muy aprensivos por lo que le había ocurrido a Kopje, el borrachín y cazador furtivo.

—Pero ¿no había ningún médico en Sennenfeld?

—Aquí no lo necesitamos corrientemente —dijo la señora Hallass más tarde, cuando le preguntó sobre el particular—. Sí, vino el primer día, vio a Franz y dijo que era consecuencia del alcohol y que ya se recobraría.

—Pero no se ha recobrado. ¿Por qué no ha vuelto su esposa a llamar al doctor?

—La señora Kopje es pobre. Además, está convencida de que el médico no podrá nada contra la maldición del lobo gigante —respondió María con firme acento.

Ugler pensó que él tampoco podría nada contra aquellas gentes supersticiosas. Bien, al día siguiente iniciaría la exploración del bosque.

Se estremeció al pensar que el resultado de su trabajo podía concluir en el hallazgo de un cadáver, devorado por las alimañas: el del padre de su buena amiga Greta Wess.

CAPÍTULO V

EL coche seguía una ruta ya conocida por su conductor. Ugler tenía la intención de llegar al otro lado del bosque y regresar luego por el mismo camino. Más tarde, se propuso, iría a hacer una visita a la hermosa Karin Schowe.

Ugler rodaba muy lentamente, procurando explorar la espesura con la vista. Un par de kilómetros más adelante se dio cuenta de que había unas rodadas de automóvil impresas en el camino que ahora era de barro muy seco, y en ocasiones, polvoriento.

Frunció el ceño. Si no recordaba mal, había visto unas huellas similares el día en que conoció a Karin.

Las ruedas de su coche, a veces, dejaban marca en los trozos polvorientos, pero sabía por experiencia que las anteriores ya se habrían borrado. En los sectores más duros, los neumáticos no dejaban ninguna señal.

Aquéllas, sin duda, procedían de un coche que había pasado durante un temporal de lluvia. El suelo tenía una gran abundancia de arcilla, lo que explicaba que, en los trozos especialmente fangosos, las huellas continuasen con toda nitidez, aun después de dos semanas.

Ugler pasó el coche sin vacilar y se apeó de un salto. Al arrodillarse comprobó que las huellas eran idénticas a las de sus neumáticos. Sí, Armin Wess y él usaban la misma marca y el mismo tipo de automóvil, lo sabía perfectamente, porque lo había comentado con Greta meses antes.

Después de unos momentos, volvió al automóvil y lo puso nuevamente en marcha. Las marcas desaparecían de cuando en cuando, pero volvían a reaparecer. Mil metros más adelante desaparecieron definitivamente.

El joven se quedó perplejo.

—Eso no puede ser.

Por precaución, recorrió otros dos mil metros más. Había señales de patas de animales salvajes, claramente impresas en el barro seco de muchos días antes. En aquellos lugares, debiera haber visto las huellas de los neumáticos, pero no consiguió encontrarlas de nuevo.

Poco después, llegó a la salida. Desconcertado, maniobró para volver por el mismo camino. El bosque, apreció, parecía absolutamente desierto.

Cuando encontró las huellas de nuevo, paró el automóvil y se apeó por segunda vez. Arrodillado, examinó las marcas de los neumáticos.

—Diríase que aquí se echó a volar…

—¿Se le ha perdido algo, señor Ugler?

Ugler se levantó de un salto. A pocos pasos de distancia, en el lindero del camino, estaba Karin.

—Señorita Schowe…

Avanzó hacia ella. Karin le tendió la mano.

—Me siento muy sorprendida —confesó la joven—. No esperaba verle de nuevo por aquí, si he de serle sincera.

—Verá, le envié la rueda…

—Sí, la recibí. Fue muy gentil de su parte, señor Ugler.

—La gentileza fue suya —sonrió él—. Créame, nunca le agradeceré bastante el gesto que tuvo conmigo.

—Oh, déjelo ya, por favor. Pero le he visto arrodillado en el suelo. ¿Acaso ha perdido algo?

Ugler se puso serio.

—Estoy buscando a un amigo —dijo.

Karin le miró atónita.

—Oiga, no estará escondido bajo la tierra —exclamó, un tanto irónica.

—Si ha muerto, es muy probable, señorita Schowe.

—¿Cómo? ¿Teme que le hayan asesinado?

—Armin Wess pasó por aquí hace cosa de dos semanas. Las huellas de su coche siguen impresas en el suelo. Proceden de Sennenfeld, pero acaban aquí, justo en este punto.

Ella pareció sentirse recelosa.

—Está bromeando —dijo.

—No bromeo. Mire las marcas. A partir de aquí, hacia el norte, ya no se ven otras señales.

Ugler dio un par de pasos y señaló las huellas de un animal salvaje, situadas junto a las de los neumáticos.

—Este animal pasó aquella misma noche por aquí —añadió—. En ambas direcciones, es decir, hacia el norte como hacia el sur, hay más huellas de bestias salvajes. Pero en el lado norte no hay ninguna de neumáticos. ¿Lo entiende ahora?

—Sólo hasta cierto punto. Un coche no se puede volatilizar como si fuese una pompa de jabón —dijo Karin.

—Yo también pienso lo mismo, pero hemos de atenernos a los hechos. Mi amigo pasó por aquí, pero ya no ha vuelto a ser visto.

—Diríase que está pensando en la Wolfhaus —sonrió ella, maliciosa.

—No soy supersticioso, pero… Con sinceridad, temo lo peor.

—Bien, suponiendo que… lo peor haya ocurrido, ¿qué es lo que piensa hacer usted?

—Tendré que explorar el bosque —respondió Ugler.

—Puede perderse. Es enorme, y salvo este camino y el que lleva a mi casa, no hay otros senderos.

—Su casa —repitió él—. Pertenecía a los Hennings.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Karin, sorprendida.

—Lo oí anoche, en la posada del pueblo. ¿No es cierto?

—Sí. Yo heredé la propiedad, es decir, la casa con bastantes hectáreas de bosque. Mi bisabuela casó con un Hennings, pero sólo tuvo una hija que, naturalmente, hizo que se perdiera el apellido al casarse con Egon Schowe, mi abuelo.

—Entiendo. De todos modos, la propiedad no ha tenido nombre en particular.

—No, simplemente, residencia Hennings. Algunos la llaman Henningsfeld, pero no es corriente.

—Comprendo. Señorita Schowe, tiene que dispensarme. No le he preguntado por su estado de salud, aunque, a juzgar por las apariencias, debe de ser magnífico. Karin se ruborizó ligeramente.

—Ya me encuentro restablecida —contestó.

—Y piensa seguir aquí…

—Todavía estaré una temporada. ¿Piensa permanecer muchos días en Sennenfeld?

—Todo dependerá de mis investigaciones, señorita. Pero quiero explorar el bosque, como he dicho, aunque pienso procurarme una

escopeta, para el caso de que me encontrase con una alimaña.

—Tenga cuidado, va le he dicho que puede perderse.

—Bien, tengo una brújula y un podómetro. Será como navegar a la estima, lo mismo que hacían los antiguos cuando no disponían de los métodos actuales para conocer su situación en el mar.

—Una brújula…

—Con ella estaré orientado en todo momento. El podómetro me servirá para medir la distancia desde el punto de partida.

De pronto, Ugler se dio cuenta de que el camino, pese a su trazado irregular, parecía igual a sí mismo en casi todos los puntos del recorrido. Tampoco era de esperar que las huellas de las rodadas permaneciesen eternamente impresas en el suelo.

—Pondré una marca —dijo.

Sacó un pañuelo y lo rasgó en dos mitades, que dejó enganchadas en sendos zarzales, situados a ambos lados del camino y casi frente por frente. Al terminar, volvió sonriendo junto a la joven.

—De este modo, sabré que es aquí donde puedo iniciar la exploración —declaró.

Súbitamente, reparó en un detalle.

—Señorita Schowe, ¿dónde está la entrada del camino que conduce a Henningsfeld? —exclamó.

Karin tendió la mano hacia un punto situado a espaldas del joven, en dirección norte.

—Allí —repuso—. ¿Es que no la ha visto? —preguntó, extrañada.

—Oh, sí, claro… Lo que sucede es que, preocupado con el asunto de las huellas, he debido de pasarlo por alto…

—Seguro —sonrió la muchacha—. Señor Ugler, me gustaría pedirle un favor.

—Si está en mi mano, concedido.

—¿Cuándo piensa iniciar su exploración?

—Pues… antes he de procurarme la escopeta… Mañana, sobre las diez, espero.

—Me gustaría acompañarle, si no tiene inconveniente.

Ugler la miró con incredulidad.

—Soy fuerte y estoy habituada a caminar —añadió Karin—. Todos los días doy largos paseos. Ya empiezo a conocer el bosque,

créame.

—Muy bien, de acuerdo, no puedo rechazar la compañía de un guía tan encantador —sonrió él—. La llamaré por teléfono…

—No hay teléfono en mi casa. Yo estaré aquí a las diez. ¿Le parece bien?

—Espléndido. —Ugler pensó que se sentía muy satisfecho de la iniciativa de Karin; él no se hubiera atrevido nunca a pedírselo, temeroso de una negativa—. Seré puntual…

Ugler se interrumpió bruscamente. Un extraño sonido acababa de oírse a pocos pasos de distancia.

Era el gruñido de un lobo.

* * *

Ugler y Karin giraron en redondo. A menos de diez metros, un lobo de dimensiones colosales les miraba con las fauces abiertas, de las que salían gruñidos amenazadores.

Era una bestia enorme, de pelaje gris pardo, con ojos inyectados en sangre. El tamaño se debía, probablemente, a su avanzada edad, pero no cabía la menor duda de que el aspecto de la fiera era de una aterradora impresión.

Ugler se puso delante de la muchacha.

—Retroceda —dijo en voz baja—. Entre en el coche; es la única protección de que disponemos.

Karin caminó hacia atrás. Ugler hizo lo mismo, sin perder de vista al lobo, que parecía dispuesto a atacar de un momento a otro.

Probablemente, estaba hambriento. Quizá, si era viejo, le costaba capturar presas con las cuales saciar su apetito. La agilidad de la juventud debía de haberle abandonado y ello era causa de que se atreviese a salir a zonas donde, ordinariamente, no actuaba en busca de presas.

El pie derecho de Ugler tropezó con un obstáculo. Sin perder de vista a la fiera, Ugler se agachó y asió el pedrusco. Luego lo arrojó con todas sus fuerzas hacia el lobo, que huyó en el acto, lanzando un aullido de rabia impotente.

Ugler exhaló un suspiro de alivio cuando vio que la fiera se perdía en la espesura. Buscó un pañuelo, pero de pronto recordó que no lo tenía, por lo que tuvo que secarse el sudor de la frente con la manga de la chaqueta.

—He pasado un miedo espantoso —confesó, a la vez que se

volvía hacia Karin.

—Nunca había visto un lobo por el día, y menos en estos parajes —declaró ella—. Debía de estar muy hambriento.

—Sin duda, porque es muy viejo y ya no le resulta fácil cazar como en sus años mozos —sonrió él—. Pero de todos modos, es un enemigo peligroso. No me gustaría toparme con él durante la noche, estando yo descuidado.

—Sí, resultaría peligroso. Bien, debo volver…

—Espere, la llevaré en el coche —dijo Ugler, a la vez que se sentaba tras el volante—. No puedo consentir que corra riesgos innecesarios.

Karin no formuló objeción alguna. Ugler maniobró para dar la vuelta al coche y luego arrancó en dirección norte. Trescientos metros más adelante, encontró la entrada al camino que conducía a la casa de la joven.

Giró a la izquierda. Medio kilómetro después, entrevió Henningsfeld a través de los árboles.

—Pare aquí —dijo ella—. No es necesario que siga.

—Como guste.

Karin se apeó y le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Estaré en el mismo sitio a las diez —aseguró.

—Tenga cuidado con ese lobo —recomendó él.

—Muy bien. Hasta mañana.

Ugler volvió sobre sus pasos. Al llegar al camino que conducía a Sennenfeld, detuvo el coche unos instantes, aunque sin cortar el contacto.

Sentíase perplejo. Era muy cierto que, después de haber atravesado el bosque y durante el recorrido de vuelta, había concentrado su atención en encontrar más rastros del automóvil que suponía era el del padre de Greta. Pero, pese a ello, le parecía imposible haber pasado por alto el punto de empalme de los dos caminos.

Estaba seguro de que tenía que haber visto el empalme y, sin embargo, le había pasado inadvertido. Pero quizá había sucedido así, concluyó sus reflexiones, a la vez que pisaba el acelerador nuevamente.

Cuando llegaban Sennenfeld, vio un grupo de gente frente a una casa de aspecto más bien pobre. El instinto del antiguo policía le

hizo detenerse, a fin de averiguar lo que sucedía.

Preguntó a una mujer. Ella meneó la cabeza.

—El pobre Franz… Se está muriendo… —contestó.

CAPÍTULO VI

UGLER se acordó súbitamente de Kopje, el mirón, el hombre en cuya puerta había sido impresa la marca del lobo gigante. Buscó un sitio donde estacionar el coche, se apeó y regresó sobre sus pasos.

—Por favor…

La gente se separó. Ugler llegó a la puerta, que estaba entreabierta, y pudo ver la marca, medio borrada, sin duda a base de agua, lejía y estropajo, aunque los esfuerzos realizados por la señora Kopje no habían dado el resultado apetecido.

La huella de la pata era todavía visible, bien que hubiera desaparecido la intensidad del color rojo original. Pero Ugler no creía en modo alguno que pudiera existir un lobo de semejantes dimensiones.

«Tendría el tamaño de un buey», pensó, mientras empujaba la puerta.

Arriba se oían sollozos ahogados. Ugler tomó la escalera y subió al piso superior. Cerca del rellano se veía una puerta abierta. Había una mujer sentada junto a una cama, en la que se divisaba a un hombre completamente inmóvil.

Al lado del lecho se veía a un hombre en pie, con la mano derecha en la muñeca del agonizante y la vista fija en el reloj de pulsera.

Ugler quedó en el umbral, sin atreverse a entrar. El médico, de pronto, reparó en él.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ugler, doctor. Soy… bien, estoy interesado en este caso —contestó el joven—. Señora Kopje… —añadió a continuación.

La mujer, cuyos ojos estaban enrojecidos por el llanto, contestó con una breve inclinación de cabeza. Ugler se acercó a la cama y contempló al paciente.

El aspecto de Kopje era espantoso, horripilante. Apenas si

quedaba la piel sobre los huesos y era de un color amarillento grisáceo verdaderamente repulsivo. La nariz parecía ir a taladrar la epidermis de un momento a otro y los ojos parecían hundidos en lo más profundo del cerebro.

—¿Doctor? —dijo Ugler a media voz.

—Mi nombre es Hastel —contestó el galeno. Meneó la cabeza con pesimismo—. Lo siento —agregó significativamente.

Lotta Kopje rompió a llorar de nuevo.

—El lobo gigante… Dejó su marca en la puerta… Franz quería que nos marchásemos inmediatamente, para escapar a su maldición… Ya no tuvo tiempo; cayó fulminado y, desde entonces, no ha vuelto a despertar…

El doctor Hastel sacó el fonendoscopio y lo aplicó al escuálido pecho de Kopje, en el que se marcaban las costillas con toda nitidez. Al cabo de unos momentos, retiró el aparato y luego, con ambas manos, subió el embozo hasta cubrir por completo la cabeza de Kopje. Ugler entendió bien pronto el significado del gesto.

Lotta estalló de nuevo en sollozos. Mientras el médico recogía sus instrumentos en el maletín, Ugler bajó a la calle y avisó a las mujeres que subieran a consolar a la viuda. Luego, en la sala, aguardó la llegada del galeno.

—Me gustaría conocer su opinión, doctor Hastel —manifestó.

Hastel hizo un gesto con la cabeza.

—No cabe duda de que es chocante. Me avisaron cuando Kopje cayó en cama, pero como le conocía de hacía muchos años, supuse que se trataba de los efectos de una fenomenal borrachera. Dejé algunos remedios, esperan a que despertase por sí mismo, aunque, por lo visto, no ha ocurrido así. Pero lo peor de todo es que la señora Kopje no ha vuelto a llamarme hasta hoy, ni tampoco ninguno de los habitantes de la aldea consideró oportuno avisarme de lo que sucedía. En caso contrario, Franz estaría vivo todavía.

—Pero ¿qué le pudo pasar, doctor?

—No estoy muy seguro. Es más que probable que el exceso de alcohol afectase a alguno de sus centros nerviosos, causándole una parálisis total, que le ha sumido en este estado catatónico que, al fin, le ha llevado a la muerte, pura y simplemente por inanición. Repito que si me hubieran avisado a tiempo aún estaría con vida, porque le habríamos llevado a un hospital, en donde le habrían

proporcionado alimentación intravenosa… En fin, usted ya sabe lo que se hace en algunos casos en que el paciente no puede alimentarse por sí mismo. Pero no entiendo por qué no quisieron avisarme.

—La marca del lobo gigante, doctor —dijo Ugler.

—Sí, la superstición ha entrado en este caso, con resultados funestos. Lo siento, no he podido evitarlo.

—Pero podría hacer otra cosa, doctor.

Hastel miró al joven con cierta impertinencia.

—Dígame, señor Ugler.

—La autopsia.

—¿Qué sospecha usted? —preguntó el galeno, altaneramente.

—En su lugar, yo ordenaría que se practicase la autopsia. Pero no puedo obligarle, claro está.

—No es necesario. Las causas de la muerte de Kopje están bien claras: coma alcohólico. Buenas tardes, señor Ugler.

Hastel se alejó. Ugler, pensativo, encendió un cigarrillo. La actitud del médico le disgustaba profundamente, pero no podía evitarlo. Hastel no había cobrado la visita anterior ni cobraría ésta, aparte de que debía considerar a los Kopje como una indeseable escoria humana.

«Hay médicos así… Bueno, eso pasa en todas las profesiones», pensó melancólicamente.

Fuera sonó una voz colérica:

—¡Esta noche saldré a matar a la Wolfhaus! —gritó Hans Cramer—. La aldea quedará tranquila a partir de mañana, os lo aseguro.

Ugler salió de la casa. Cramer hablaba excitadamente con algunos convecinos. El joven lo estudió con disimulo. Cramer era un sujeto alto, muy corpulento, de rostro sanguíneo y aspecto enérgico. Pero había en él algo falso. «El clásico fanfarrón de pueblo», se dijo.

Como era forastero, no quiso intervenir en la conversación y se retiró en busca de su coche, que dejó frente a la posada. Tenía que procurarse una escopeta y el señor o la señora Hallass le indicarían la forma adecuada.

Además, debía hacer algo, pero tenía que esperar a la noche, cuando todo el mundo estuviese dormido.

María Hallass aparecía terriblemente consternada por lo

sucedido.

—La maldición del lobo gigante… de la Wolfhaus. —Dijo.

—Eso he oído decir a la señora Kopje —manifestó el joven—. Pero yo no conocía la leyenda…

—Cuando el lobo gigante deja la marca de su pata en alguna casa, los habitantes de la misma deben marcharse inmediatamente o morirán —contestó María, con absoluta convicción.

—Sí, pero ¿qué le hace dejar su marca? ¿Acaso la Wolfhaus siente simpatías o antipatías hacia determinados vecinos de Sennenfeld?

—Franz había matado muchos lobos. La Wolfhaus se vengó de él. Y quizá haga lo mismo con alguno más.

—Pero eso se podría evitar destruyendo la casa que se convierte en lobo —alegó Ugler.

—¿Y quién es capaz de encontrarla? Sí, algunos la han encontrado, pero no han vuelto a contarlo. Es lo que le pasó a su amigo, el señor Wess.

—Que yo sepa, Wess no había causado ningún daño a los lobos de la comarca.

—Pero cruzó el bosque…

Ugler decidió no seguir por aquel camino. Era inútil decir a una empedernida supersticiosa que él había cruzado el bosque en ambos sentidos y que no le había sucedido nada. La mente de la posadera se había aferrado a una leyenda y nada le haría cambiar de opinión.

—Señora Hallass —dijo.

—Sí, señor.

—Necesito una escopeta. ¿Quién podría proporcionarme una para algunas horas?

—Bueno, mi marido tiene una. Es algo vieja, pero funciona perfectamente…

—Le pagaré el alquiler y los cartuchos que consuma.

—¿Piensa salir a cazar?

—Sí —sonrió el joven—. Tengo ganas de un buen guisado de conejo, hecho por usted, naturalmente.

—Ahora iré a decírselo a mi esposo…

—Oh, no se preocupe; no la necesito hasta mañana por la mañana. Gracias, señora Hallass.

Ugler subió a su habitación y consultó los medios de que

disponía para realizar la operación planeada. Sí, bastaría con una navajita y un sobre.

Porque no creía demasiado en la leyenda y sospechaba algo turbio en la muerte de Kopje. Tomaría una muestra de la pintura que había en la puerta, con la silueta de una zarpa de lobo gigante. En modo alguno era sangre de la fiera, en cuyas dimensiones fantásticas no creía.

* * *

A la entrada del bosque, Hans Cramer se detuvo unos instantes para cargar la escopeta. Pese al aire fanfarrón que había mostrado durante todo el tiempo, la negrura de la selva que tenía ante sus ojos le impresionaba mucho más de lo que hubiese estado dispuesto a admitir.

En el cielo se movían algunas nubes que, de cuando en cuando, ocultaban la luna. Cuando esto sucedía, las tinieblas descendían espesamente sobre la tierra. Por un instante, Cramer se sintió tentado de dar media vuelta y regresar al pueblo.

Pero alguien estaría avizorando detrás de alguna ventana. Cramer no podía permitir que se burlasen de él al día siguiente.

Además, ¿quién sabía?, tal vez podía encontrarse con el lobo gigante. Cada cartucho tenía una docena de postas. En el bolsillo tenía unos cuantos cartuchos de repuesto, con una carga análoga. Si alcanzaba a la fiera con la primera salva, la dejaría gravemente herida, lo suficiente para poder recargar el arma y disparar nuevamente hasta rematarla.

Paso a paso, se adentró en el bosque. De cuando en cuando, pero sobre todo cuando la luna se ocultaba tras las nubes, detenía su marcha y aguzaba el oído.

No se percibía el menor sonido, salvo el susurro de las hojas de los árboles movidas por un ligero viento. Una o dos veces, sin embargo, Cramer oyó ruido de hojarasca. Algún animal de costumbres nocturnas huía ante la proximidad del enemigo que era el hombre.

Transcurrió una hora. Cramer empezaba va a cansarse de la excursión. Allí no sucedía nada. Bueno, al menos, había cumplido la promesa de ir al bosque. No era suya la culpa si la Wolfhaus, en una forma u otra, no se hacía visible.

De repente, oyó un levísimo crujido a sus espaldas.

Giró en redondo, aprestando la escopeta. En el mismo momento, una sombra gigantesca saltó sobre él.

Cramer entrevió, durante una fracción de segundo, dos ojos que fosforescían malignamente. Pero el ataque fue tan brutal y, sobre todo, tan rápido, que no tuvo tiempo siquiera de hacer un disparo.

Percibió un hálito ardiente y apestoso y divisó el brillo de unos caninos gigantescos. Empezó a gritar, pero los colmillos de la fiera se cerraron bruscamente sobre su garganta.

* * *

Karin despertó sobresaltada. Le había parecido escuchar un distante grito de terror. Pero quizá se trataba de una ilusión suya. Dio la vuelta en la cama y procuró conciliar el sueño.

En aquel momento, Ugler estaba al pie de la puerta marcada con la pata del lobo. Con la mano izquierda, sostenía el sobre abierto, mientras que con la derecha raspaba la madera, a fin de conseguir algunas muestras de la pintura.

¿O era sangre?

De pronto, alzó la cabeza.

¿Qué era aquello que sonaba a lo lejos, en el bosque?

¿Un grito?

El sonido, sin embargo, fue brevísimo. Ugler acabó la tarea presurosamente, se puso en pie y emprendió el regreso a su alojamiento.

Una vez en su habitación, se sentó ante una mesa situada junto a una de las paredes y empezó a escribir una carta a su amigo Joachim Gatow:

«Querido Jo: En el sobre adjunto van unas muestras que he tomado de cierta puerta de madera. Te agradeceré el resultado del análisis lo más pronto que puedas. La gente de Sennenfeld dice que es sangre. Yo opino que es pintura corriente…».

Al terminar de escribir, dobló la cuartilla. El sobre que contenía la muestra, convenientemente rotulado y cerrado, fue doblado también e introducido en el sobre que contenía la misiva. Cerró este segundo sobre, escribió la dirección de su amigo y, una vez concluida la tarea, empezó a desvestirse.

Al apagar la luz, se preguntó por el resultado de la excursión de Hans Cramer.

—Deseo que no le suceda nada —musitó.

Momentos después, dormía tranquilamente.

CAPÍTULO VII

POR la mañana, después del desayuno, se dispuso a salir. Al entregarle la escopeta y los cartuchos, María le dirigió una mirada aprensiva.

—Hans no ha regresado —dijo.

Ugler parpadeó.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo ha dicho su hermana. Hans vivía solo con su hermana mayor, una solterona que no consiguió marido en esta aldea. Ilse Cramer teme lo peor.

Ugler sonrió para sus adentros. Tal vez la supuesta excursión en busca de la Wolfhaus no era sino un pretexto para una cita amorosa. Hans no estaba en el bosque, sino en algún lugar placentero, retenido por unos brazos femeninos.

—No le habrá sucedido nada, ya lo verá —dijo jovialmente.

Lo primero que hizo fue buscar el buzón de Correos, en el que depositó la carta dirigida a su amigo. Luego volvió al coche, que arrancó a los pocos momentos.

Karin fue puntual. La joven vestía ahora una chaqueta de ante, debajo de la cual llevaba una blusa de seda, pantalones y botas. Ugler salió a su encuentro, con la escopeta colgada del hombro.

—Hace un día magnífico —comentó, después de estrechar la mano de la muchacha.

—Ideal para explorar el bosque —sonrió ella—. Con sol y luz, resulta encantador, pero cuando llueve o nieva, parece tétrico.

—Por fortuna, usted se irá de aquí antes de que llegue el invierno.

—Sí, seguramente. ¿Por dónde vamos?

Ugler señaló un punto con la mano.

—Hacia el este —dijo—. Caminaremos un par de kilómetros más o menos en línea recia y luego trazaremos un gran círculo, a fin de

volver al punto de partida.

Enseñó la brújula y el podómetro sucesivamente.

—Con esto no nos perderemos y en todo momento podremos conocer la distancia recorrida —añadió—. Bien, el rumbo es éste casi exactamente, de modo que ya podemos emprender la marcha.

La dirección elegida era diametralmente opuesta a la casa. Ugler advirtió bien pronto que no podrían seguir una línea recta, debido a la abundancia de arbustos y matorrales que crecían entre los árboles, pero ello no impedía que siguieran el rumbo deseado. Al cabo de un ralo, Ugler preguntó a la muchacha si abundaban los lobos en el bosque.

—Supongo —contestó Karin—. Sin embargo, no había visto ninguno hasta ayer.

—Y no cree en la leyenda, naturalmente.

—¿Usted sí?

—Toda leyenda o superstición, tiene una base real, más o menos lejana en el tiempo —respondió Ugler un tanto sentencioso—. En alguna ocasión, un aldeano fue comido por los lobos y de ese hecho derivó la leyenda.

—El lobo que vimos ayer tenía un tamaño realmente excepcional —dijo ella—. Bueno, no es que yo sea una experta…, pero me pareció muy grande.

—Era grande, en efecto, y como en todas las razas animales, se dan ejemplares de gran tamaño. Pero también creo que era muy viejo, lo que, naturalmente, implica ya ciertas dificultades para conseguir alimento.

—Es menos ágil…

—Por la edad, naturalmente, lo cual le hace mucho más astuto, con lo que suple las deficiencias físicas. Un joven de veinte años es mucho más fuerte que un cuarentón, pero éste, a su vez, tiene mucha mayor experiencia.

—Eso significa que el lobo que vimos ayer puede ser muy peligroso.

—Indudablemente, aunque no debemos temerle. Voy bien armado —sonrió Ugler.

De cuando en cuando, se detenía para consultar los instrumentos. Al cabo de una hora, decidió que ya era el momento de iniciar el círculo.

—¿Se siente cansada? —preguntó.

—Oh, no, en absoluto…, pero me parece que he cometido un pequeño error —dijo Karin sonriendo.

—¿Cuál es el error?

—Debí haber traído una bolsa con bocadillos y un termo lleno de café caliente.

—Confieso que a mí tampoco se me ha ocurrido. Por tanto, los dos hemos caído en el mismo error. En todo caso, mañana, si hoy no encontramos nada que valga la pena… y si le apetece repetir la excursión.

—Con buen tiempo, ¿por qué no? Pero he visto el barómetro antes de salir y tiene tendencia a la baja. Señor Ugler, dispense mi curiosidad, pero ¿qué es lo que hacía su amigo en la comarca?

Ugler dudó un instante.

—Quizá he cometido una indiscreción —añadió Karin rápidamente.

—No, por supuesto. A fin de cuentas, usted vive aquí… Mi amigo es detective privado y estaba tras la pista de unos falsificadores de monedas antiguas.

—Es curioso —dijo ella—. No sabía que hubiese gente que se dedicase a hacer cosas así.

—Pues existen y consiguen pingües beneficios. Con unos cuantos moldes, un buen grabador y un pequeño crisol, además de unos cientos de gramos de oro, se pueden conseguir cientos de miles de marcos.

—¿Ha dicho… un grabador? —exclamó Karin.

—Pues, sí; en toda falsificación es un elemento imprescindible… Pero ¿por qué lo pregunta? —dijo Ugler, un tanto extrañado de la actitud de la joven.

Se había vuelto para mirarla, y apreció que Karin estaba muy pálida. Pero los ojos de la joven no estaban fijos en él, sino que miraban hacia unos arbustos próximos.

Ella quedaba situada a un par de pasos a su izquierda, por lo que su campo de visión resultaba algo distinto del de Ugler. El joven se sintió muy intrigado de la expresión de horror que había aparecido súbitamente en el hermoso rostro de Karin.

Frunciendo el ceño, Ugler descolgó la escopeta y amartilló los gatillos. Dio un paso, dos… y entonces vio los pies de un hombre

caído sobre la hierba.

* * *

Ugler avanzó otro par de pasos. Detrás de él, sonó una exclamación de espanto.

—¡No mire, Karin! —dijo él imperativamente.

Durante unos segundos, Ugler, a pesar del consejo, se sintió morbosamente atraído por el horrible espectáculo que se ofrecía a sus ojos. La cara del hombre caído aparecía espantosamente destrozada, lo mismo que el cuello y parte de su pecho y de sus brazos. Había al lado una escopeta, de la que, sin temor a errar, se podía decir que no había sido utilizada.

Las ropas aparecían completamente desganadas. Era evidente que Cramer —tenía que ser él a la fuerza— había sido atacado de improviso. El ataque, calculó Ugler, se había producido tan súbitamente, que la víctima no había tenido tiempo siquiera de hacer un solo disparo.

El lobo había saciado su apetito, saltaba a la vista. La cara, el cuello, parte del pecho y de los brazos… y también las vísceras, como partes más blandas, habían desaparecido en el hambriento estómago de la fiera.

—Viejo, pero astuto —murmuró.

Los animales que solían constituir su dieta habitual serían más rápidos que el viejo lobo, pensó, pero el hombre, sorprendido, no había podido escapar, ni siquiera defenderse. Ugler se imaginó a la bestia, agazapada en la maleza, conteniendo el aliento, en espera de la llegada de su presa, cuya presencia le habría sido advertida antes por el olor que por el ruido de sus pisadas.

Luego, un rápido salto y…

La presa no había podido escapar. Ni lo hubiera conseguido aunque hubiese visto a tiempo al lobo y no hubiese llevado escopeta o hubiera sentido el suficiente miedo para no usarla.

El lobo era viejo, pero siempre más rápido que cualquier hombre. Un hombre no era un conejo o una ardilla o un zorro jóvenes. Era la presa ideal para una bestia como la causante de aquellos horripilantes destrozos.

El abdomen de Cramer aparecía prácticamente vacío. Ugler sintió náuseas ante el espectáculo.

—No mire, Karin —repitió.

Ella retrocedió un par de pasos. También sentía náuseas.

—Anoche… anoche me pareció oír un grito… —balbució.

Ugler se volvió rápidamente hacia ella.

—¿Recuerda la hora?

—No; ya estaba dormida…

—Pero sí sabe a qué hora apagó la luz.

—Las diez y media, aproximadamente.

Ugler asintió. Él había tomado las muestras de la marca del lobo alrededor de la medianoche.

Usted y yo oímos el último grito de este desdichado —dijo—. Y ahora, ¿quién no creerá en la existencia de la Wolfhaus?

—La leyenda dice que el que se encuentra con la Wolfhaus no es visto jamás.

—Claro, porque el bosque es muy espeso y la gente tiene miedo de entrar en él… y al cabo del tiempo, los animales de todas clases acaban por devorar el cuerpo de la víctima y la hierba cubre los huesos. Ahora mismo, el lobo viejo andará por alguna parte, haciendo su digestión, en espera de volver a la noche, para continuar el festín.

—Por favor, no siga —pidió Karin, con una mano en la boca.

—Dispénseme —rogó Ugler contritamente.

De repente, oyó un agudo grito de terror.

Ugler se volvió velozmente, con la escopeta a punto; temeroso de que la muchacha hubiese visto algo peligroso. Pero apenas había completado el giro, sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

¡Karin había desaparecido!

Durante unos segundos, Ugler se negó a dar crédito de lo ocurrido. Pero ¿cómo había podido…?

De pronto, oyó la voz de Karin, débil, aunque perfectamente inteligible:

—Aquí, Gustav; hay un foso…

Ugler dejó la escopeta en el suelo y corrió hacia el lugar de donde procedía la voz. Allí abundaban los matorrales de tal modo, que resultaba punto menos que imposible ver lo que había en el fondo.

Arrodillándose en el suelo, apartó los ramajes con la mano. Sí, era un foso natural, una especie de zanja u hondonada de grandes dimensiones, aunque no demasiado ancha. Las paredes, si bien

cubiertas igualmente de hierba y matorrales, eran bastante empinadas.

Karin le miraba desde el fondo, a unos cuatro metros. Valerosamente, hizo un esfuerzo por sonreír.

—Creo que soy una tonta —dijo—. Retrocedí, sin mirar siquiera hacia atrás y, de pronto, me falló el suelo bajo los pies…

—Bueno, no se preocupe. Lo importante es que no se haya hecho daño —sonrió él.

—Oh, no, aunque me he llevado un susto imponente. He rodado como una pelota, pero el suelo es bastante blando… Ahora tendré que empezar a trepar…

—Aguarde, yo le tenderé una mano.

Ugler se tumbó en el suelo. Ella alargó su brazo derecho, pero, aun así, la distancia resultaba un tanto elevada.

—Será mejor que descargue la escopeta —dijo él—. Yo la agarraré por los cañones y usted por la culata y…

De repente, Ugler se calló. Karin le miró intrigada.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

Ugler tenía la vista fija en un punto situado tras ella y a su derecha. Karin volvió la cabeza, sin conseguir divisar otra cosa que un enorme amontonamiento de ramas y hojarasca.

Pero algo brillaba a través de las hojas. Ugler cambió de postura, se sentó en el borde y resbaló hasta el fondo, para quedar junto a la aturdida muchacha, que no comprendía en absoluto las razones de aquella insólita actitud.

—Gustav…

Ugler caminó unos cuantos pasos. Luego, con ambas manos, empezó a apartar los ramajes. Karin emitió un grito de sorpresa al ver un automóvil.

—¡Dios mío! Jamás hubiera sospechado…

Ugler aparecía muy serio. La mayor parte de la estructura del coche quedó finalmente al descubierto. Karin apreció que las ventanillas y una de las portezuelas se hallaban abiertas.

Sentado tras el volante del coche, vestido solamente con unos harapos descoloridos, se veía el esqueleto de un hombre.

Karin tuvo que sentarse en el suelo, ya que las piernas se negaban a sostenerla. Dos cadáveres en pocos minutos era demasiado para ella, nada acostumbrada a semejantes situaciones.

Ugler contemplaba sombríamente el esqueleto. Ya no le cabía la menor duda. Era el coche de Armin Wess. Por tanto, aquellos restos pertenecían al padre de Greta.

Se imaginó el dolor de la muchacha al conocer la noticia. Pero no tendría otro remedio que dársela, pensó. Avisaría también al inspector Gatow…

Le extrañaba el hecho de encontrar sólo un esqueleto. ¿Cómo era posible que la carne hubiera desaparecido en poco más de dos semanas?

No tardó en encontrar la solución. Había una portezuela abierta y las ventanillas tenían los cristales bajados. Por allí habían entrado las alimañas del bosque. Incluso el lobo gris habría tenido su ración de alimento.

Era una manera muy astuta de hacer desaparecer los rastros. En primer lugar, la dificultad de llegar hasta aquellos parajes. Luego, como comprobó tras un rápido registro, habían desaparecido todos los documentos. No había ya reloj de pulsera ni los dos anillos que Wess solía usar. Hasta los zapatos habían desaparecido, así como el cinturón y otros elementos de la indumentaria, que podían aguantar por más tiempo las inclemencias del ambiente.

Con gran cuidado, examinó la monda calavera. No había señales de golpes. Tal vez lo habían matado de una puñalada, con lo que el rastro del arma mortífera se había perdido. Quizá lo habían atontado primero de un golpe, cuya huella, lógicamente, no se reflejaba en los huesos del cráneo.

—De todos modos, la clase de arma importa poco ahora —murmuró.

Abandonó la tarea. Karin le miraba desde el otro lado del coche, sumamente pálida.

—¿Es… era su amigo? —preguntó.

—Sí, no hay duda.

Ella empezaba a rehacerse.

—Gustav, ¿cómo llegó el coche hasta aquí? —dijo—. No hay señales de abolladuras, lo que significa, me parece, que no lo arrojaron desde lo alto.

Antes de contestar, Ugler miró a derecha e izquierda.

De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Venga, por favor.

Karin aceptó la mano que le tendían. Muy sorprendida, apreció que el suelo de la zanja subía gradualmente, hasta alcanzar el nivel del terreno circundante. Pero esto sucedía a más de cincuenta metros del lugar donde se hallaba el automóvil.

—Alguien lo trajo hasta aquí, con el cadáver en su interior —dijo Ugler—. El resto lo hicieron las alimañas del bosque.

De pronto, oyeron un gruñido.

Ugler y Karin se volvieron. El gran lobo gris estaba a unos pasos de distancia, enseñando los dientes amenazadoramente.

Era evidente que el animal se sentía furioso contra los que suponía le iban a disputar su presa. El lobo consideraba a los dos humanos como intrusos en su territorio.

Ugler había recobrado ya la escopeta. La fiera pareció presentir una terrible amenaza y, antes de que el joven pudiera tomar puntería, desapareció de un salto en la espesura.

CAPÍTULO VIII

HABÍA serenidad en el rostro de Greta, aunque todavía se apreciaban lágrimas en sus ojos. Sin embargo, la muchacha se había resignado ya a lo inevitable.

Ugler estaba sentado frente a ella, ambos a los lados de una mesa en el comedor de la posada. Ugler tenía entre las suyas una de las manos de Greta, quien había llegado a Sennenfeld para llevarse los restos de su padre.

—No sabes cómo lo siento…

Greta meneó la cabeza.

—Te estoy muy agradecida por lo que has hecho, Gustav —dijo—. Cuando nos separamos, no quise decirte nada, pero ya presentía que no volvería a ver vivo a mi padre.

—¿Habló contigo algo sobre este asunto?

—No, pero se portaba de una forma un tanto extraña. Muy reticente, si puedes comprenderme. Tengo la seguridad de que estaba sobre la buena pista y por eso lo asesinaron.

—Desde luego, pero ¿por qué traerlo tan lejos?

—¿No te parece que el bosque es el mejor lugar para esconder un automóvil con un cadáver en su interior?

Ugler no tuvo tiempo de contestar. El inspector Gatow acababa de entrar en la posada, seguido de dos agentes, a quienes dejó en el mostrador.

Gatow se sentó entre los dos jóvenes.

—Todo está listo para emprender el viaje —manifestó.

Las lágrimas brotaron de nuevo de los ojos de Greta. Gatow meneó la cabeza.

—He estado en Henningsfeld —añadió.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Ugler.

—No saben nada, lógicamente. Pero algunas de las respuestas me han parecido poco convincentes.

—¿Sospechas de alguno de los moradores de la casa?

Gatow se tocó el lado izquierdo de su chaqueta.

—He tomado los nombres y datos personales de todos los que viven allí —contestó—. Quizá encontremos algo en los archivos.

—Sí, seguro.

—Gustav, a mí me parece que todo esto tiene relación con la falsificación de monedas —manifestó el policía—. Pero no quiero demostrarlo públicamente.

—¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Verás, he observado que Karin siente hacia ti bastante simpatía.

—Sí, el sentimiento es mutuo —admitió Ugler, sonriendo.

—Bien, en tal caso, quiero que te quedes aquí. Me parece que no te será difícil desempeñar el papel de hombre joven atraído por una hermosa muchacha.

—Me parece que te comprendo. Jo —dijo Ugler.

—Gracias. Ya no necesito decirte más. En el momento en que sepas algo, llámame a mi oficina o a mi casa. ¿Tienes los números?

—Tomaré nota. ¿Qué más?

—Si te vieras obligado a hacer algún gasto, nosotros lo pagaremos. No tienes pistola, ¿verdad?

—Hace años que no la uso…

—Te dejaré la mía, con un par de cargadores de repuesto. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Sí, es una buena idea —convino el joven.

María llegó con una bandeja y servicio de café. Ugler agradeció el gesto. La posadera les dejó solos nuevamente.

—Pero hay algo que no me explico. Jo —dijo Ugler después de tomar su taza de café—. Las huellas del coche desaparecen en cierto punto, como si hubiese emprendido el vuelo…

—Las borraron. Luego lo llevaron hasta la hondonada. Aunque muy débiles, hemos podido encontrar algunos rastros. Si hubieses tardado una semana más, quizá no hubiéramos encontrado el coche en muchos años. O nunca —respondió el policía.

—Sí, ahora resulta todo muy sencillo. Pero lo que no hay son rastros de los falsificadores.

—Tú los encontrarás, Gustav.

—Puede que tropiece con un inconveniente.

—A ver, dime.

—Si los habitantes de la casa tienen algo que ver con este asunto… Bueno, ahora ya saben que yo buscaba al padre de Greta. Recelarán de mí.

—Es probable que no, Gustav —dijo el policía sorprendentemente.

—¿Por qué? —se extrañó el joven.

—He hablado con todos, como puedes figurarte. La señorita Schowe se ha aferrado a la misma declaración desde el principio. Ella sostiene que tú la invitaste a dar un paseo por el bosque. No sé por qué, pero no ha querido admitir que ibas en busca de tu amigo.

—¿Tiene eso algún significado, Jo?

—Sí, porque, según he podido deducir, ha dicho lo mismo en casa, de modo que, si hay allí algún sospechoso, no recelará de ti. Pensará que la chica te gusta, ¿comprendes? —Gatow sonrió complacidamente—. Karin es muy lista, además de guapísima. Con permiso de Greta, por supuesto.

Greta movió la cabeza ligeramente.

—Inspector, creo que los falsificadores están en Henningsfeld —dijo de súbito, con vehemente acento.

—Puede que sí, pero no te preocupes; Gustav sabrá resolver este asunto. Ah, me olvidaba: las muestras que me enviaste son de pintura.

—Sí, me lo imaginaba.

—Voy a pedir un mandamiento judicial, a fin de exhumar el cadáver de Kopje y que le hagan una autopsia a fondo —añadió Gatow—. Por supuesto, el tonto de Cramer murió a consecuencia del ataque del Jobo. Eso queda ya fuera de toda duda.

Ugler se estremeció.

—Debió de ser algo horripilante —dijo.

—No me hubiera gustado a mí estar en su pellejo. Pero debe de ser una bestia monstruosa.

—Si la hubieses visto, casi darías crédito a la leyenda —manifestó Ugler—. Personalmente, claro está, pienso que se trata de un animal de tamaño excepcional, aunque, desde luego, sus zarpas no son tan grandes como para dejar la marca que todos pudieron ver en casa de los Kopje.

—Sí, suele ocurrir —admitió el policía—. Bien, Greta, ¿está

lista?

La muchacha asintió. Discretamente, Gatow pasó a su amigo la pistola y un par de cargadores repletos de munición.

—Ten cuidado —recomendó amistosamente.

Ugler acompañó a Gatow y a la muchacha hasta la puerta de la posada. Al despedirse, tomó en las suyas las manos de Greta.

—Querida, no sé qué decirte…

Ella guardó silencio. Ugler observó que los ojos de la muchacha estaban enrojecidos, pero secos. En su cara observó una expresión que no le gustó demasiado. Parecía como si el dolor hubiera sido sustituido por el rencor.

Pero quizá era demasiado aprensivo. Cuando los forasteros se hubieron marchado, volvió al interior y se sentó de nuevo frente a la misma mesa.

María acudió a poco.

—Horrible, señor, horrible —dijo.

—Sí —convino el joven lacónicamente.

—Ese pobre Hans… Siempre fue muy fanfarrón. No debió ir al bosque, sólo por presumir delante de Marfa Trautlof. Tenía que hacer algo por conquistarla…

—¿Se hubiera dejado ella persuadir sólo por eso? —preguntó Ugler asombrado.

—Bueno, Marfa conocía su lío con Clara Baumbach, como todos, menos el tonto del marido. Ir al bosque después de lo que había casado era una forma de buscar el perdón de Marfa. Pero le ha costado la vida. La Wolfhaus ha sido la vencedora.

—El cadáver de Hans ha aparecido, en contra de lo que sostiene la leyenda, señora Hallass.

La posadera pareció sentirse desconcertada.

—De todos modos, a Hans lo mató la Wolfhaus —dijo. Se santiguó y añadió—: Dios quiera que el lobo gigante no vuelva a dejar más su marca en ninguna de las puertas de Sennenfeld.

María se marchó. Ugler no quiso decirle que la marca roja había sido hecha con pintura.

Sencillamente, no le hubiera creído.

Luego pensó en Karin.

Al día siguiente iría a verla. No sólo por ella misma sino por conocer algo mejor a los habitantes de la casa.

¿Qué relación tenían con la muchacha? ¿Formaban todos parte de la servidumbre?

Esperaba que Karin disipase alguna de las dudas que tenía sobre el particular.

Por la noche, antes de acostarse, permaneció largo rato en pie, junto a la ventana. Había luna y a lo lejos se divisaba la sombría masa del bosque, debido a que la aldea estaba situada a un nivel ligeramente superior, aparte de que se hallaba en una habitación del primer piso.

Tal vez desde el tejado se podía ver la casa de Karin. Podría intentarlo en otro momento.

De pronto, vio a lo lejos un débil resplandor rojizo.

¿Un incendio?

El resplandor duró algunos segundos. Parecía situado en el horizonte. Pero entonces recordó que alguno de los habitantes de Sennenfeld había mencionado un fenómeno parecido. ¿Acaso aquella luz era el encantamiento con el que los habitantes de Henningsfeld se protegían de la voracidad de la Wolfhaus?

* * *

La puerta de la casa se abrió antes de que él llegase a tocar la aldaba de hierro, en forma de zarpa de fiera. Los azules ojos de la señora Richter le miraron inquisitivamente.

—El señor viene, sin duda, a visitar a la señorita —dijo con voz inexpresiva.

—Pues, sí, en efecto. Si tiene la bondad de avisarla…

—Pase, tenga la bondad.

Hettie Richter dio media vuelta. Iba vestida con un impersonal traje negro, con vivos blancos en el cuello y los puños, y zapatos de tacón plano. Ugler se dio cuenta de que era más alta de lo que aparentaba a primera vista.

Y también más joven. El peinado, alto, recogido en un prieto moño, dejaba al descubierto una nuca de impecable tersura. A Ugler le chocó el detalle, puesto que aquella piel tan lisa y fina no parecía corresponder a una mujer que parecía haber rebasado los cuarenta años.

Pero casi en el acto dejó de pensar en el detalle. Karin avanzó hacia él, con la mano extendida.

—Cuánto me alegro de verle, Gustav —dijo—. ¿Quiere una taza

de té?

—No, muchas gracias. El día amenaza lluvia, pero podríamos pasear un poco, si le parece.

—Desde luego. Por si acaso, no nos alejaremos demasiado de la casa.

—Claro. ¿Ha dormido bien esta noche?

Ella le miró fijamente durante un segundo.

—Voy a confesarle una cosa: por primera vez en muchas semanas, he tenido que recurrir a los sedantes —dijo—. Creí que ya no necesitaría esas pócimas, pero, al parecer, estaba equivocada.

—Después de lo que ha sucedido estos días, resulta lógico —convino Ugler—. Karin, ¿todas las personas que hay en la casa pertenecen a la servidumbre? —preguntó de sopetón.

—No —respondió la muchacha—. En realidad, el señor Kahner es un viejo amigo de mi padre, profesor de química, que me pidió venir aquí para realizar unos experimentos, en unión de su ayudante Nilss Amstor y de otro colega suyo, llamado Manfred von Huldin. Pero éste no reside en la casa, aunque viene con cierta frecuencia, según creo, para conocer los resultados de los trabajos y traer materiales y elementos necesarios en esos experimentos.

—¿Qué me dice de la señora Richter?

—Kahner la contrató como ama de llaves. Cuando yo llegué aquí, ya estaban instalados todos.

—Ah, vinieron antes que usted…

—Sí. Yo tuve que curarme esa depresión, como va le he dicho, y luego los médicos me aconsejaron un lugar tranquilo y aislado. Me acordé de Henningsfeld y vine aquí para terminar mi convalecencia.

—Lo cual significa que, si no hubieran estado ellos, usted habría tenido que vivir sola en la casa.

—Oh, no; me hubiera traído al matrimonio que cuida de nuestra residencia en las afueras de Holzkirchen. Lo que sucede es que esta casa queda relativamente cerca de la autopista a Salzburgo y no hay tanto aislamiento como aquí. Por el día, la estancia resulta pasable, pero por la noche se oye mucho ruido de automóviles y camiones. Claro que, al estar ellos en Henningsfeld, ya no era necesario que trajese acompañantes. Por supuesto, yo arreglo mi habitación, ayudo en la cocina…, pero la señora Richter es muy amable y apenas si me deja trabajar.

—Comprendo. Karin, usted conocía sin duda la leyenda de la Wolfhaus.

—Por supuesto, aunque nunca hice el menor caso. Francamente, no soy supersticiosa.

—Eso es un punto a su favor. Sin embargo, lo que le sucedió a Kopje resulta incomprensible. En la aldea están convencidos de que murió víctima de la maldición del lobo gigante.

Karin se detuvo de pronto, con las manos a la espalda, y quedó frente al joven.

—Gustav, no pretendo dármelas de persona superior, pero esas pobres gentes están todavía a medio civilizar —dijo—. Sin ánimo de ofenderles, viven poco menos que como en siglos pasados, con toda la carga de atraso e incultura que ello representa. Es lógico que crean en tales leyendas… y hasta que las deformen, llegando a decir que la Wolfhaus se convierte en un lobo descomunal, que va dejando su marca morral en la puerta de la casa a quien ha designado como víctima. Kopje murió de un ataque cerebral, producido por la ingestión de una dosis excesiva de alcohol, eso es todo.

—Sí, pero ¿qué me dice de la marca que se encontró en su puerta?

Ella se mordió los labios.

—Tal vez algún bromista… —apuntó—. Matarían algún pollo y emplearían la sangre para la marca.

—No era sangre, era pintura, Karin.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió la muchacha.

—Tomé unas muestras, precisamente la noche en que murió Hans. Eran de pintura, no cabe la menor duda.

—Bueno, sigo pensando que se trata de un bromista… Gustav, dígame, ¿por qué le interesa tanto esto?

—Yo le voy a hacer a usted otra pregunta, Karin. Después contestaré a la suya —dijo Ugler—. Usted no mencionó en su casa que yo buscaba a Wess. Sólo dijo que habíamos encontrado un coche abandonado con un esqueleto en su interior.

—Es cierto, pero lo que usted me había dicho era una confidencia y yo no tenía derecho a repetirla a nadie. Aparte de eso, Kahner pudo ser buen amigo de mi padre, pero no lo es mío…, quiero decir, que no hay entre ambos la suficiente confianza como

para que yo le cuente cosas que otra persona no me ha autorizado a repetir.

Ugler sonrió complacido.

—No sabe cuánto se lo agradezco, Karin —manifestó—. Y ahora, puesto que puedo contar con su discreción, le contaré en qué se basa mi interés en este asunto.

CAPÍTULO IX

EL coche se detuvo a cierta distancia de la casa y su única ocupante saltó al suelo, después de haber apagado todas las luces. Greta Wess contempló ceñudamente la negra silueta del edificio, en el que no se divisaba el menor resplandor.

Los asesinos de su padre vivían allí. Ella los descubriría… y se vengaría, sin necesidad de que la justicia interviniese. Greta sabía que no se conseguirían jamás las pruebas para condenar a quienes habían sometido a un hombre a la más cruel de las muertes.

Hacía fresco y se subió maquinalmente el cuello de piel del chaquetón corto que formaba parte de su atavío. Debajo llevaba un *pullover* y para mayor comodidad, usaba pantalones. Tras unos segundos de detención, emprendió la marcha resueltamente hacia el edificio.

Con la mano derecha, tocó el revólver de cañón corto que había en el bolsillo derecho del chaquetón. Cuando llegó al claro, en lugar de seguir avanzando rectamente, lo hizo bordeando el bosque, confundiéndose con las sombras de los árboles.

Greta no había estado jamás en aquel lugar, pero le resultaba fácil adivinar la disposición de las entradas. Tenía que haber alguna en la parte posterior, la que daba a la cocina y habitaciones del servicio.

Al llegar frente a la fachada posterior, se detuvo unos instantes. De súbito, vio aparecer un vivo resplandor rojo en el tejado de la casa.

Greta observó intrigada el extraño fenómeno. Parecía como si alguien hubiese abierto la boca de un horno…

Si había un humo, tenía que haber una chimenea y por ella salía el reflejo de las llamas. Tal vez habían activado el fuego con más leña u otra clase de combustible.

La luz se apagó bien pronto. Greta dejó pasar todavía un buen

rato. Era seguro que todavía había alguien despierto en la casa.

Transcurrió casi una hora. Decidida, echó a andar hacia la puerta posterior. Al llegar junto a ella, tanteó el picaporte con la mano izquierda. Sonrió satisfecha; no estaba cerrada con llave.

Los habitantes de Henningsfeld estaban demasiado seguros de sí mismos, pensó, a la vez que cruzaba el umbral. Una vez dentro, sacó una linterna eléctrica del tamaño de un lápiz, con la que se alumbró para evitar tropezones delatores.

Atravesó la cocina. Abrió con todo cuidado y se asomó al gran salón, completamente a oscuras. Los dormitorios, calculó, estarían en el piso superior.

Dio un paso más, dos, tres. De pronto, una mano tapó su boca, a la vez que un fuerte brazo rodeaba su cintura. Greta se debatió ferozmente, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Alguien se acercó a ella. La oscuridad le impedía ver sus facciones. De pronto, Greta percibió un olor dulzón.

Desesperadamente, trató de contener la respiración, sabiendo que iban a narcotizarla. ¿Qué harían después con ella?, se preguntó, en un paroxismo de insuperable agonía.

Al fin, tuvo que inhalar aire.

Y gas narcótico.

Greta se durmió.

Su sueño, sin embargo, no duró demasiado. Al menos, eso le parecía.

Despertó, aturdida, notando que se hallaba en el suelo cubierto de hierba. Al cabo de unos momentos, logró recobrar el foco normal de visión.

Sintióse muy aliviada. Lo único que habían pretendido los moradores de Henningsfeld era quitársela de encima, llevándola muy lejos de la casa.

Claro que estaba perdida en el bosque, pero todo estribaba en aguardar la llegada del nuevo día y…

De pronto, oyó un sordo gruñido en las inmediaciones.

Greta se sintió llena de pánico. ¿De qué horrible garganta había surgido aquel espantoso sonido?

La luna asomó entonces, a través de un rasgón en las nubes. Horrorizada, Greta vio a un enorme lobo parado a poca distancia.

Los ojos del animal parecían chispas de color rojo. Greta, medio

sentada, apoyada en el suelo con una mano, contempló a la bestia en silencio, dominando valerosamente sus ganas de chillar, esperando que el animal, tal vez, pasara de largo sin atacarla.

Era una esperanza vana.

Súbitamente, el lobo atacó.

Greta chilló. Pero su grito no fue demasiado largo; las poderosas mandíbulas de la fiera se cerraron bien pronto sobre su blanco cuello.

En el momento en que sentía el primer dolor, Greta comprendió el diabólico sadismo de sus captores. Luego el dolor, en fracciones de segundo, llegó hasta límites increíbles, en un espeluznante *in crescendo*, que terminó en un atroz estallido de negrura. Cuando llegaron las tinieblas, Greta dejó de sentir dolor.

* * *

Sonaron unos golpes en la puerta. Ugler terminaba el desayuno en aquel momento y se levantó a abrir.

El redondo rostro de la posadera apareció ante sus ojos.

—Tiene visita —dijo.

—¿Quién? —se extrañó Ugler.

—Ésta abajo —fue la lacónica respuesta de María.

Ugler fue a la silla donde tenía su chaqueta, se la puso y corrió hacia la escalera. Cuando llegó a la planta baja, vio a Karin que aguardaba a la entrada del comedor.

Avanzó hacia ella, muy sorprendido, pero también intrigado, porque había visto ciertas sombras en el rostro de la muchacha.

—¡Karin! ¿Qué es lo que sucede? —preguntó.

—Temo que haya pasado algo malo —dijo ella—. ¿No ha oído nada esta noche?

—La verdad, he dormido estupendamente…

—Yo he oído… Gustav, ¿aún tiene la escopeta?

—Puedo pedírsela a la posadera. Pero ¿cómo ha venido tan pronto? —preguntó Ugler, todavía bajo los efectos que le causaba la inesperada visita de la muchacha.

—Son tres kilómetros, nada del otro mundo, aunque se recorran a pie —respondió Karin—. Ande, vaya a pedir la escopeta.

—Tenemos que ir al bosque, ¿eh?

—Sí.

—Pero no iremos a pie. Aguarde un momento.

Un minuto más tarde, Ugler volvía a salir del interior de la posada, con el arma en las manos. El coche arrancó a los pocos segundos.

—Gustav —dijo ella, momentos después—, esta noche he oído un grito espantoso. Sonaba en el bosque…, como si otra persona hubiera sido atacada por la fiera. Fue una especie de alarido y se cortó bruscamente. Me siento aterrorizada, créame.

—¿Recuerda la dirección en que sonó el grito?

—Sí, más o menos, hacia el lugar donde encontramos el cadáver de Cramer.

—¿Qué hora era?

—Esta vez miré el reloj. Pasaban algunos minutos de las doce y media. Luego me costó mucho conciliar el sueño. Estuve despierta casi hasta la madrugada. Pero apenas había oído el grito, escuché ruidos en la planta baja. Alguien venía del exterior. Calculo que serían Kahner y Nilss. No comprendo qué podían hacer fuera de la casa a esas horas.

—¿Suelen salir después de anochecido?

—Creo que no, aunque tampoco podría afirmar lo contrario —respondió Karin—. De todas formas, me extrañó muchísimo… Claro que quizá habían quedado trabajando hasta muy tarde y pudieron salir a tomar un poco el aire, para despejarse.

—Eso parece lógico. ¿Cenaron juntos?

—Kahner y yo, sí. Hettie y Nilss lo hicieron en la cocina. Pero Kahner se portó con absoluta normalidad.

—No hay motivos para sospechar de él, Karin.

Ella se mordió los labios.

—Empiezan a no gustarme —dijo—. Todos, hasta Von Huldin, y eso que viene muy poco por la casa.

—Usted le ha visto, ¿no es cierto?

—Sí, claro, y he hablado con él… Es muy campechano, el clásico tipo de alemán de cara encarnada, rollizo, charlatán y amante de las grandes jarras de cerveza.

—Una descripción bastante corriente… —murmuró Ugler—. Dígame si se ha fijado en algún otro detalle, Karin. Procure recordar.

—Bueno… —ella titubeó ligeramente—. Si, usa un costoso anillo con una amatista en la mano izquierda. Ah, y tiene una pequeña

cicatriz en la ceja derecha, hacia la sien. El vello está partido en dos trozos desiguales, pero, por lo demás, es muy simpático y tiene una conversación muy agradable. ¿Por qué quiere saberlo?

—Puede que no se llame Von Huldin… o quizá sea su nombre auténtico y use el de Schmidt como un pseudónimo. De todos modos, quizá hoy mismo sepamos algo sobre el particular. Cuénteme más cosas de los otros, Karin.

Hubo un momento de silencio. Karin reflexionaba.

Luego dijo:

—Hay algo que me extraña en Hettie Richter. Parece tener más de cuarenta años, pero usa una ropa interior muy… sofisticada. Realmente, y sin que esto sea censura, no es la que correspondería a una mujer de edad.

—¿La ha visto usted… en ropa interior?

—Sí, hace algún tiempo, aunque entonces no le di importancia. Fui a pedirle algo a su cuarto y, como vi la puerta entreabierta, entré sin llamar. Ella estaba a medio vestir. Enseguida se puso la bata. No le gustó lo que hice, aunque tampoco lo demostró. Fue todo muy rápido…, pero me pareció que su figura correspondía a la de una mujer de treinta años o menos. Francamente, un cuerpo muy bonito. Pero el rostro…

Ugler trató de almacenar aquella información en su memoria. Estaban ya llegando a las inmediaciones del empalme y decidió parar el coche.

—Vamos a ver si el lobo ha causado una nueva víctima —dijo. Su tono era chancero y jovial, pero, más que nada, destinado a dar ánimos a Karin.

Interiormente, presentía una nueva desgracia.

Sus presentimientos se vieron confirmados una hora más tarde.

* * *

Karin lanzó un pequeño grito de horror y se volvió instantáneamente.

Ugler se quedó inmóvil, rígido como una estatua, helado de espanto.

—Dios mío, no, no… —musitó.

Pero sabía a quién pertenecían aquellos restos humanos, devorados a medias y horriblemente destrozados por las mandíbulas y las zarpas de la fiera.

Cerró los ojos.

—Greta, Greta —dijo, como si ella pudiera escucharle—. ¿Por qué lo hiciste?

Todavía vuelta de espaldas, Karin preguntó:

—¿La… conoce?

—Sí. Era Greta Wess, la hija de Armin.

—Pero ¿qué podía hacer por estos parajes?

Ugler trató de reflexionar con serenidad.

—Creo entender —dijo, pasados unos momentos.

—¿Sí? ¿Qué fue lo que pasó, Gustav?

—Greta lloró mucho cuando conoció la noticia de la muerte de su padre. También lloró en Sennenfeld, cuando vino a llevarse los restos mortales. Pero, al despedirnos, vi en ella cierta expresión que no era la de dolor y resignación. Entonces no supe ver claro en aquel asunto. Ahora, después de lo sucedido, sí lo comprendo.

—Explíquese, se lo ruego —pidió Karin.

—Es bien sencillo. Greta vino a vengarse de los asesinos de su padre.

—¡Pero no están en la comarca!

—Eso es algo que no podemos asegurar rotundamente. Y si no vino a vengarse, al menos llegó aquí con intención de hacer algo por su cuenta, para conseguir el descubrimiento de los asesinos. Lo malo es que resultó menos lista que ellos.

—Ha muerto devorada por un lobo, Gustav.

—Asesinada, Karin.

Ella lanzó un nuevo gemido de espanto.

—No irá a decirme que esas horribles heridas han sido causadas deliberadamente por unos seres humanos —exclamó.

—No, en absoluto. Pero en esta ocasión la fiera ha respetado el rostro de Greta. Sobre su boca veo las marcas de unos dedos. Alguien le tapó la boca durante un rato y apretó con fuerza. Eso significa que la descubrieron y luego la trajeron aquí, sin conocimiento, seguros de que el lobo viejo la descubriría y atacaría.

De pronto, dominando la aprensión que sentía, Gustav se tumbó en el suelo. Karin volvió la cabeza un instante y creyó que el joven iba a dar un último beso a la muerta.

Pero se equivocaba. Ugler se incorporó segundos después.

—La narcotizaron —dijo—. Todavía se percibe un débil olor.

Greta vino aquí dormida y… quisiera creer, y deseo, que continuase aún dormida cuando el lobo empezó a morder.

CAPÍTULO X

EL inspector Gatow escuchó atentamente a su amigo. Luego hizo una pregunta a través del hilo telefónico:

—Bien, ¿por qué te interesa tanto ese tipo?

—Debes buscar a un aficionado a las monedas antiguas, llamado Beck. Ignoro datos de él, porque Greta no me dijo más que el apellido. Pero Beck es otro de los estafados, concretamente el que contrató los servicios de Armin Wess. Compró las monedas a un tal *herr* Schmidt, y yo quiero saber si es el mismo que aquí se hace llamar Manfred von Huldin.

—De acuerdo, de acuerdo, haré lo que me pides. Pero en cuanto vea a Greta, le diré…

—No le dirás nada. Jo. Está muerta.

Gatow se quedó sin aliento.

—¡Diablos, Gustav, estás bromeando! Ella vino con nosotros a Múnich…

—Y regresó a Sennenfeld, aunque no llegó a la aldea Se quedó fuera, supongo, para espiar la casa de los sospechosos, pero la sorprendieron y la dejaron narcotizada en medio del bosque. Un lobo la mató y medio se la ha comido.

—Es horrible —dijo el inspector—. Una chica tan encantadora… Pero ¿cómo pudo cometer semejante locura?

—¿Te dijo algo durante el viaje de vuelta a Munich? ¿Hizo alguna insinuación?

—No, en absoluto. Si yo hubiera sospechado lo más mínimo, la hubiera disuadido, aunque hubiese sido por la fuerza. No sé qué decirte, Gustav; me siento consternado…

—Pues imagínate cómo estoy yo, que fui quien la descubrió. Bien, envía a alguien de tu confianza y adviértele que diga es primo o algo por el estilo de Ja pobre Greta. Puede venir con un supuesto amigo, si te parece, pero que no sean ninguno de los agentes que

vinieron contigo. Es probable que los asesinos tengan informadores en el pueblo. Quizá no, pero más vale estar prevenidos.

—Sí, desde luego.

—Ah, y aunque nos encontraremos, que simulen no conocerme. Ya nos presentaremos, etcétera, ¿comprendes?

—Está claro, Gustav. ¿Qué más?

—¿Has conseguido informes de los habitantes de Henningsfeld?

—Están en ello. Te llamaré apenas tenga datos.

—Muy bien. No te olvides de buscar a Beck. Es importante que describa a ese Schmidt, del que sospecho pudiera ser Manfred von Huldin.

—Bien, si ello es cierto, ¿cuál es el papel de Von Huldin en la organización?

—Vendedor, claro. Es de suponer que esté muy bien enterado de los aficionados a la numismática y los visite, como un viajante de comercio, para ofrecerles la mercancía. También, me imagino, vendrá a traer el oro en bruto y materiales que puedan necesitar para la fundición. En fin, esto me interesa menos que los crímenes cometidos, aunque harto me imagino que todo tiene relación entre sí.

Gatow convino hallarse de acuerdo con las tesis de su amigo. Ugler terminó:

—Por la noche estoy siempre en la posada.

—Lo tendré en cuenta. Pobre Greta… ¿Crees que seguía narcotizada cuando el lobo atacó?

—Ojalá haya sido así. Al menos, no se enteró de nada.

Ugler dejo el teléfono en su sitio, profundamente impresionado por la espantosa muerte de una buena Se preguntó cómo era posible que existiesen personas capaces de semejante atrocidad.

La respuesta era de una lógica aplastante: a menos que se encontrasen pruebas irrefutables, cosa más que difícil, nadie podría probar que Greta había sido asesinada.

—Se ve que el negocio de las monedas es demasiado próspero para permitir la amenaza de extraños —comentó a media voz.

Lo cual, en cierto modo, era una advertencia que se hacía a sí mismo.

Porque cabía la posibilidad de que, si sospechaban los verdaderos motivos de su estancia en Sennenfeld, siguiese el mismo

camino que los Wess y Hans Cramer.

* * *

El fúnebre vehículo se alejó, llevando los restos mortales de Greta. En otro coche le seguían un supuesto primo y un amigo, ambos agentes de policía, con los que Ugler había hablado extensa y discretamente.

Los policías habían traído ciertos informes escritos, que Ugler leyó en su habitación. De Beck y el vendedor Schmidt no se tenían aún noticias. En cuanto a los moradores de Henningsfeld, todos, por el momento, aparecían con un historial limpio en los archivos policiales. El único punto sospechoso estribaba en Kahner, de quien no se tenían noticias hubiera conseguido en ninguna Universidad un diploma de químico, aunque proseguían las investigaciones en este sentido. En cambio, sí se sabía que años atrás había poseído un negocio de imprenta.

Ugler estudió a fondo este punto.

Un impresor suele entender de grabados. A veces, aunque son las menos, hasta es grabador. Y si su imprenta se dedica a trabajos especiales, hasta es posible que él mismo, o alguno de sus operarios, realice los grabados a pedido de la clientela, reflexionó.

Lo malo era que no podía hacer ninguna pregunta a Kahner, a menos que se convirtiese automáticamente en sospechoso.

«Si es que no lo soy ya», pensó.

Al día siguiente, por la mañana, fue en coche hasta las inmediaciones de la casa de Karin. Las marcas de los pañuelos continuaban todavía en el mismo sitio. Ugler quitó los trozos de tela; ya no eran necesarios. Empezaba a conocer el terreno.

Entró por el caminito que conducía a la casa. Recordaba que el empalme le había pasado desapercibido en cierta ocasión. Era algo que tenía grabado en su mente, casi en el subconsciente, pero de momento no le prestó demasiada atención. Siguió adelante y no tardó demasiado en hallarse frente a la señora Richter.

Con disimulado interés, estudió el rostro de la mujer. Los ojos eran muy hermosos, observó. El vestido disimulaba sus formas corporales casi por completo. Le hubiera gustado verla con otra clase de ropajes. Si era joven y atractiva, ¿por qué adoptaba aquella apariencia?

—Sí, señor —dijo Hettie—, ahora mismo avisaré a la señorita

Karin.

—Muchas gracias, señora Richter.

Karin bajó poco después. Ugler apreció una gran palidez en su rostro.

—No me encuentro bien —dijo la muchacha—. He pasado mala noche…

—Me lo imagino. En tal caso, no le propongo salir de paseo. Volveré a verla en otro momento.

—Oh, quédese un rato. He encargado a la señora Richter que nos traiga café. Es decir, si no tiene inconveniente…

—Al contrario, será un placer.

Hettie trajo el café momentos después y les dejó solos. Ugler apreció que la muchacha no parecía encontrarse bien.

—Es algo que no puedo definir —contestó ella a media voz—. Me siento muy aprensiva. La casa me abruma en ocasiones. Sospecho que no voy a seguir aquí ya durante mucho tiempo.

—Hará bien, si su estancia en Henningsfeld la perjudica. Karin, deseo pedirle un favor.

—Sí, Gustav, lo que quiera.

—Usted ya sabe ahora por qué estoy en Sennenfeld. A decir verdad, sospechamos de los restantes moradores de la casa. Kahner no es químico, según afirma, pero fue impresor. Es probable también que fuese grabador. Lo cual explicaría la perfección de las falsificaciones.

—Entonces, me engañó…

—Creo que ya no hay duda sobre el particular. Karin, para fundir el oro se necesita fuego y un crisol. En algún lugar de la casa hay un horno.

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Comprendo —murmuró—. Trataré de encontrarlo.

—Pero sea discreta, se lo ruego.

—No se preocupe.

La charla continuó todavía en tono intrascendente durante algunos minutos. Luego, Ugler se despidió de la joven y emprendió el regreso a la aldea.

Cuando llegaba al empalme, detuvo el coche, presa de un inexplicable presentimiento.

En dos ocasiones había pasado por el camino que cruzaba el

bosque, sin hallar la entrada del que conducía a la casa de Karin. Ahora, la entrada era claramente visible.

Pero ¿por qué no había sucedido así en aquellas ocasiones?

Abandonó el coche en el camino principal y entró en el otro. La maleza era muy abundante. Algunos matorrales, incluso, superaban su estatura.

Entonces, de repente, comprendió lo ocurrido.

Algunos de aquellos matorrales no estaban sujetos al suelo por sus raíces. A veces, alguien, los situaba de modo que ocultasen la entrada del camino, de tal forma, que el transeúnte casual que pasaba por la carretera que atravesaba el bosque, no podía ver que había otra ruta al otro lado de una espesa barrera vegetal. Y desde allí, con o sin matorrales, no se divisaba la casa de Karin.

Era una excelente precaución para evitar visitas indeseadas. Pero ahora ya no cabía el engaño, pensó, mientras volvía al coche. Karin tenía un amigo que la visitaba y era preciso evitar las sospechas.

La barrera vegetal estaba emplazada casi frente al lugar donde habían desaparecido las huellas del coche de Wess. Su objetivo, ahora, resultaba completamente aclarado.

Llegó a la posada y pidió una jarra de cerveza. La aldea parecía sumida en una especie de sombría depresión.

Se había producido otra víctima de la Wolfhaus. María, incluso, parecía aterrorizada.

En la calle no se veía a nadie. Ugler permaneció un rato sentado, consumiendo la cerveza en silencio, mientras reflexionaba. De pronto, recordó algo que le había pasado por alto.

Momentos después, estaba conversando con la señora Kopje.

—Deseo hacerle unas preguntas —dijo, a la vez que ponía en la mano de la mujer un par de billetes de diez marcos.

—Sí, señor, lo que usted guste —contestó Lotta con voz opaca.

—Señora Kopje, lamento traer a su memoria malos recuerdos, pero es necesario… Su esposo quedó inconsciente el mismo día en que vio la marca del lobo.

—Es cierto. Alguien le avisó y subió a despertarme. Yo empecé a vestirme, pero mientras lo hacía, él bajó de nuevo a la sala. Entonces cayó al suelo sin conocimiento y ya no volvió a recobrarlo.

—¿Estaba solo su marido en la planta baja?

—Supongo que sí. Yo continuaba todavía en el dormitorio…

—Pero no es posible que perdiese el conocimiento sin más. El médico dijo que había bebido, aunque a las nueve de la mañana, me imagino, no debía haber probado todavía una gota de alcohol. ¿O empezaba ya a beber a una hora tan temprana?

Lotta se quedó muy pensativa.

—Espere —dijo de súbito—. Sí, ahora lo recuerdo… Cuando el pobre Franz bajó a la sala… Algo se rompió, una botella de schnapps… Sí, yo escuché el ruido desde el dormitorio. Bajé después y vi la botella rota en el suelo…

—Eso significa que tomó un trago.

—En efecto. Pero cuando nos fuimos a dormir no había ninguna botella en la sala. Lo recuerdo perfectamente, porque… —Lotta se puso muy colorada—. Bueno, la única que quedaba me la subí yo al dormitorio, aunque ya faltaba más de la mitad de su contenido.

Ugler asintió.

—De modo que usted no compró la botella rota de la que bebió su esposo —dijo.

—No, ni él tampoco, porque, de lo contrario, la habría traído al dormitorio. Cuando recogí los trozos, después de acostarle, pude darme cuenta de que se trataba de una botella nueva.

—¿Notó algún olor raro en el licor derramado por el suelo, señora Kopje?

Rila volvió a concentrarse.

—Un poco extraño, sí —dijo al cabo—, si bien no sabría definirlo con exactitud. Ha pasado tanto tiempo…

Ugler sonrió satisfecho.

—Eso es todo —se despidió—. Mil gracias, señora Kopje.

CAPÍTULO XI

TODAVÍA era relativamente temprano, puesto que no habían dado las once de la noche. Vestido, Ugler reposaba en la cama, con un libro en las manos, en espera de una posible llamada telefónica del inspector Gatow. De pronto, sonaron unos nudillos en la puerta.

Ugler se levantó de un salto. Abrió. Al otro lado vio el rostro lívido de la posadera.

—Márchese, señor —dijo María, aterrada—. ¡El lobo gigante ha dejado su marca en la puerta!

Ugler abrió la boca, estupefacto. María dio media vuelta.

—Mi esposo y yo nos vamos inmediatamente —agregó—. No queremos que nos pase lo mismo que al desdichado Franz Kopje.

Durante unos segundos, Ugler, estupefacto, permaneció en el umbral, con una mano en el picaporte, sin acertar a moverse. Luego, de súbito, echó a correr escaleras abajo.

Oyó el rumor de un automóvil. Al asomarse a la calle, vio las luces rojas de cola de una desvencijada furgoneta que se alejaba a toda velocidad.

La calle principal de Sennenfeld aparecía completamente desierta, alumbrada por un par de faroles que daban un mortecino resplandor. Ugler captó en el acto el tétrico ambiente. Al disiparse el rumor de la furgoneta, se desplomó sobre la aldea un ominoso silencio.

Tal vez muchos sabían que el lobo había dejado ya su marca. Alguno, incluso, era posible que atisbase a través de una rendija de los postigos de una ventana, presa de una morbosa curiosidad.

Lo único cierto, sin embargo, era que los Hallass habían huido y que él estaba solo en la posada.

Bajó la vista. Sí, a tres palmos del suelo, se veía la marca del lobo gigante.

Incluso brillaba un poco, lo que significaba que la pintura aún

estaba fresca. De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, sacó un pañuelo y lo pasó por encima de la marca.

Cerró la puerta y volvió al interior. Situándose bajo una lámpara, examinó la pintura.

Una profunda arruga se formó en el centro de su frente. No era pintura.

—¡Sangre! —murmuró.

Aunque ya estaba casi seca, el aspecto resultaba inconfundible. Profundamente pensativo, dejó el pañuelo a un lado.

El mostrador estaba desierto. Ugler sintió deseos de tomar un trago.

Alargó la mano hacia una botella de aguardiente de cerezas. Cuando ya la rozaba con la yema de los dedos, recordó súbitamente la conversación sostenida por la tarde con la señora Kopje.

Un súbito sudor inundó su frente. Con ojos fascinados, contempló las hileras de botellas de la estantería.

¿Cuál de ellas estaba envenenada?

De repente, tomó una decisión.

Quizá no había aún veneno en alguna de las botellas. El mostrador estaba completamente limpio.

Alguien vendría más tarde y dejaría una botella sobre a pulida madera. Sería una tentación irresistible para un hombre amedrentado.

Apagó casi todas las luces, dejando sólo una al principio de la escalera que conducía al piso superior. Luego subió los escalones y se sentó en el último, con la pistola de Gatow en la mano.

El tiempo transcurrió lentamente. Ugler se sentía abrumado por el absoluto silencio que reinaba a su alrededor.

De súbito se irguió. En la calle sonaron unos pasos precipitados.

Alguien golpeó con los puños la puerta de la posada.

—¡Abran, por favor! ¡Abran! —gritó alguien.

Ugler se puso en pie y bajó los escalones a saltos. Era Karin la que llamaba a la puerta.

Apenas hubo abierto, ella saltó hacia delante y cayó en sus brazos.

—Oh, Gustav, lo he descubierto… —dijo, jadeante y casi sin aliento—. Sé dónde está…

Ugler cerró la puerta con el pie y rodeó con un brazo la cintura

de la muchacha.

—Cálmese, Karin —dijo—. Procure serenarse. Está a salvo y no la amenaza ningún peligro, ¿comprende?

* * *

Ugler entró en el dormitorio a donde había conducido a la muchacha, con una botella y dos copas en las manos. Karin parecía haberse recobrado considerablemente.

—He comprobado que los precintos de la botella estaban intactos —dijo.

Llenó una copa y se la entregó a Karin.

—No entiendo —dijo ella—. ¿Acaso piensa también en una falsificación del licor?

Ugler se echó a reír.

—En cierto modo, así podría definirse, porque cuando se echan drogas en una botella, se falsifica su contenido —contestó.

—¿Teme que…?

—Ya quisieron gastarme una jugarreta hace algunas semanas. Karin, Franz Kopje murió drogado, aunque no sepamos todavía con exactitud qué clase de droga le propinaron. Pero de esto hablaremos en otro momento. Ahora, cuénteme lo que ha visto.

Karin, más tranquilizada, empezó a hablar. Al terminar, añadió:

—No estoy segura de que no me vieran espiarles. Ale entró un miedo espantoso y decidí huir.

—Hizo bien —aprobó el joven—. De modo que ha encontrado el horno y el taller de grabado.

—Sí. Yo nunca me imaginé nada semejante. ¿Cómo podía sospechar de un hombre tan amable y educado como Kahner? El mismo Nilss se porta muy respetuosamente conmigo y Hettie es siempre muy solícita y amable…

—Les convenía desempeñar la comedia —murmuró él pensativamente—. Pero ahora ya no cabe la menor duda de que son los falsificadores. Aunque probar sus crímenes ya será más difícil.

—Gustav, no pienso volver a mi casa. Mañana mismo regresaré a Munich —dijo Karin con firme acento.

—Es una buena decisión —aprobó él—. Pero esta noche se queda en la posada. Hay habitaciones libres.

Karin alargó una mano.

—No me deje sola —pidió—. Tengo un miedo espantoso.

—Bien, no se preocupe; estando a mi lado no le pasará nada. ¿Desea otra copita?

Ella hizo un gesto negativo. Ugler le aconsejó que se tendiese en la cama.

—Pero usted…

—Hay una butaca. Estaré cómodo.

La botella y las copas habían quedado sobre la mesita de noche. Al acercarse a la butaca, vio algo que le hizo sentirse profundamente pensativo.

Sobre el escritorio había una botella de aguardiente de cerezas, una de las bebidas favoritas de Gustav. Ugler se preguntó cómo no la había visto antes.

La botella parecía relucir con luz propia. Al lado se veía una copa de cristal.

Ugler movió la cabeza repetidas veces. Todo estaba perfectamente planeado.

Él era un estorbo. Debía desaparecer.

Pero su muerte aparecería como consecuencia de la maldición. La única duda estribaba en los Hallass. ¿Eran cómplices de los asesinos?

De pronto, sacó la pistola, tiró del cerrojo y puso una bala en la recámara. Luego echó el seguro. Karin vio aquella operación y se asustó.

—¿Teme algo, Gustav?

—Temo a lo que quizá venga esta noche —respondió él—. Pero no tenga miedo; estaré prevenido.

Karin se hallaba recostada en el lecho. Ugler se acercó a la mesita de noche y apagó la única luz que había en aquellos momentos. El dormitorio quedó sumido instantáneamente en la oscuridad.

* * *

De pronto, se oyó un ligero ruido en la puerta de la calle.

Karin estaba despierta; la aprensión que dominaba su mente le impedía dormir.

—Gustav, viene alguien —dijo.

—Silencio —recomendó él—. No se mueva, no grite…

Un débil resplandor lunar entraba por la ventana. Los ojos de los dos jóvenes, habituados a la oscuridad, percibían claramente los

menores detalles de la estancia.

Pisando de puntillas, Ugler se trasladó junto al lecho, sentándose en el borde, frente a la puerta. La pistola, ya amartillada, brillaba en su mano derecha.

Una madera crujió levemente. Karin se mordía los puños para no gritar.

Ugler alzó la mano lentamente. Alguien subía por la escalera.

En el absoluto silencio de la noche, los pasos del intruso se percibían sin dificultad, pese al cuidado que ponía en sus movimientos. Al cabo de unos segundos, las pisadas se percibieron en el pasillo.

El intruso se acercaba a la habitación. Ugler apuntó con todo cuidado.

El picaporte giró muy despacio. La puerta se entreabrió un par de centímetros.

Luego los pasos, inexplicablemente, se alejaron. Gustav Ugler se sentía desconcertado.

—Gustav, se ha ido —musitó ella.

De pronto, el joven creyó comprender. Saltó hacia la puerta y cerró con doble vuelta de llave.

—No se mueva, Karin —ordenó.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, se oyeron unos extraños ruidos en la planta baja.

Algo derribó una vasija, que se rompió, con un estrépito que casi hizo gritar a la muchacha. Se oyó un extraño gruñido.

Ugler buscó la mano de Karin.

—No tema —dijo.

De pronto, unas zarpas arañaron la puerta. Al otro lado de la madera, se oyó un feroz gruñido.

—El lobo —exclamó Karin.

—Sí.

La fiera gruñía. Estaba hambrienta.

Percibía el olor de la carne y se sentía impotente para romper aquel obstáculo. Una vez, sin embargo, presionó con tal fuerza que Ugler llegó a creer que haría saltar la puerta, y se aprestó a emplear la pistola hasta el último cartucho.

Al cabo de unos minutos de vanos esfuerzos, la fiera desistió. Un largo aullido de rabia brotó de su garganta.

Los ruidos cesaron. Ugler corrió hacia la ventana.

El lobo, enorme, siniestro, trotaba por la calle en busca del campo abierto. Ugler se imaginó muchos pares de ojos contemplando la temible figura, llenos de pavor.

En Sennenfeld debía de haber muchas escopetas. Ni uno solo de sus habitantes, sin embargo, se atrevió a disparar un tiro.

Al cabo de unos minutos, Ugler corrió las cortinas y encendió la luz. Karin, con el rostro tan blanco como la nieve, le miraba con ojos muy abiertos.

—El peligro ha pasado ya —sonrió él.

Karin emitió un prolongado suspiro. Ugler añadió:

—Creo que a los dos nos conviene una copita. Pero de la botella buena.

Los colores retornaron lentamente a las mejillas de Karin.

—Gustav, ¿qué haremos ahora? —preguntó.

—De momento, descansar. Luego, por la mañana, yo iré a Henningsfeld. Usted, sin embargo, se quedará aquí hasta mi vuelta.

—No quisiera que le sucediese nada…

Ugler sonrió.

—No me pasará nada —aseguró.

CAPÍTULO XII

NILSS, el ayudante en persona, abrió la puerta y arqueó sus espesas cejas al ver a Ugler.

—Quiero ver al señor Kahner —manifestó el visitante.

Nilss parecía estar delante de un fantasma. Ugler sonrió:

—Todavía sigo vivo. El lobo encontró mi carne demasiado coriácea —agregó.

Tartamudeando palabras ininteligibles, Nilss corrió al interior de la casa. Ugler cruzó el zaguán, subió las cuatro escaleras que conducían a la sala y llegó hasta el centro. Sacó un paquete de tabaco, se puso en cigarrillo en los labios y le prendió fuego con el encendedor.

En alguna parte, sonaron voces excitadas. De pronto, el ama de llaves salió de la cocina.

Ella se quedó atónita al ver a Ugler.

—Hola —dijo el joven, a la vez que avanzaba unos pasos.

El ama de llaves parecía de piedra. Súbitamente, Ugler alargó la mano, agarró un pellizco de carne y tiró con fuerza.

El verdadero rostro de la mujer quedó al descubierto.

—¿Cómo está, Olga Vorklund? —dijo Ugler irónicamente. Contempló la máscara unos segundos y luego la tiró a un lado—. Una perfecta caracterización, pero no quiso emplear ropa interior adecuada a su supuesto empleo en esta casa. Le gustan las prendas finas, delicadas, las adecuadas para una hermosa mujer que, a lo mejor, no ha cumplido todavía los treinta años, en lugar de los cuarenta y pico que trataba de aparentar, ¿no es cierto?

Olga enderezó el cuerpo.

—Se lo ha dicho ella —exclamó.

—Lo admito. Pero yo también me fijé en una garganta y una nuca con la piel demasiado tersa y fina. Olga, cuando fue a visitarme, con la excusa de encargarme un retrato, ¿sabía ya que

podía volver aquí?

—Le vimos hablando con Greta Wess. Alguien nos dijo que era policía…

—Lo fui, ya no pertenezco al cuerpo.

—No estábamos seguros.

—Y lo mejor era evitar posibles contratiempos.

—Está vivo. ¿Qué más puede pedir?

—Oiga, sin contar a Kopje ni a Cramer, debe saber que los Wess eran grandes amigos míos. ¿Acaso temía que descubriesen el asunto de la falsificación de monedas?

—De modo que lo sabe ya.

—Sí, lo sé todo. Aunque debo reconocer que el plan para eliminar posibles estorbos, estaba muy bien realizado, basándose en la leyenda de la Wolfhaus. Lo que sí me gustaría saber es si Kopje vio algo indiscreto.

—Me vio desnudarme. Era un repugnante mirón.

—Si la vio cambiándose de ropa, tuvo que subirse a la copa de algún árbol…

—Así fue. Pero lo peor de todo es que supo adivinar la verdad, por lo menos en parte, y quiso sacarnos dinero. Era un borrachín repugnante; no podíamos confiar en él.

—Sí, el resto se imagina fácilmente. ¿Sabe que en Múnich están analizando las vísceras de Kopje? Llegaremos a saber la clase de droga que pusieron en la botella de schnapps que el pobre Kopje encontró en la sala de su casa… Probablemente la misma que usted puso en el licor que apenas probé cuando vino a visitarme en mi estudio. Tal vez esa droga está en la botella que no toqué anoche, cuando querían que me quedase dormido, para que el lobo me devorase y que así se hiciera efectiva la maldición.

—Gustav, ¿por qué no siguió en la policía? Quizá habría hecho más carrera que como pintor —dijo Olga cáusticamente.

—¿Le molesta acaso que lo haya descubierto todo?

—No me agrada, precisamente. Éste es un buen negocio…

—Sobre todo, si se piensa en el aislamiento y la discreción de esta «base de operaciones». ¿Quién graba los moldes para las monedas antiguas? ¿Kahner?

Olga hizo un gesto de asentimiento.

—Sé que fue impresor. Es probable que tuviese también

conocimientos de química. Esto no estorba nunca a un grabador —añadió Ugler—. Pero lo que no acabo de comprender del todo es la forma en que consiguieron llevar el lobo hasta Sennenfeld.

—Nilss se encargó de capturarlo, mediante una trampa. Lo narcotizó y luego lo guardamos encerrado durante dos días, sin probar bocado. Naturalmente, cuando lo soltamos en la posada, tenía un hambre feroz.

—¿Fue Nilss el que abrió la puerta de mi dormitorio?

—Sí. Aunque no hubiese probado el licor drogado, pensábamos que la fiera podría sorprenderle dormido.

—La marca de la puerta me hizo sospechar, sobre todo, después de la repentina marcha de los Hallass. Sería curioso saber si son también cómplices de ustedes.

—Aceptaron una suma de dinero —contestó Olga desenvueltamente—. Pero también tenían mucho miedo.

—Supongo que fue Kahner el que hizo el molde para la marca. Pero esta vez usaron sangre en lugar de pintura…

—Sangre de pollo, Gustav.

—Sí, claro, convenía un toque de autenticidad. Olga, ¿sabe que estoy en contacto con la Policía de Munich?

—Me lo imagino, aunque no podrá repetir nada de lo que ha dicho.

—¿De veras?

Algo se apoyó súbitamente en la espalda de Ugler.

—Es una escopeta de dos cañones y no está cargada con sal —dijo Nilss amenazadoramente.

* * *

Ugler estaba atado de pies y manos, boca abajo sobre una mesa alargada y con ruedas, en el gran sótano de la casa. A pesar de la postura, podía ver claramente a Nilss atizando el fuego de un horno de grandes dimensiones, cuya boca despedía un calor sofocante.

El resplandor del humo, por la noche, salía por la boca de la chimenea que facilitaba el tiro. A la derecha, Ugler pudo ver varios crisoles y troqueles, así como una mesa de dibujo y algunos lingotes de oro de pequeñas dimensiones.

Olga fumaba apaciblemente.

—Esto no acaba de gustarme… sentía un tanto nervioso.

—Estúpido. Él lo sabe todo —contestó Olga agriamente—. No

podemos permitir que salga vivo de aquí.

—Sí, pero quemarlo…

—Es la mejor forma de que desaparezca para siempre. Convertido en cenizas, nadie lo encontrará jamás.

Ugler miró aprensivamente la boca del humo. «Al menos, que me peguen un tiro antes de incinerarme», deseó.

—Y sus objetos personales, el reloj. —Dijo el irresoluto Kahner.

—Hay lugares de sobra en el bosque, para que nadie los encuentre jamás.

Olga era una mujer despiadada, pensó Ugler. Las vidas ajenas le tenían sin cuidado. Sólo quería la riqueza, a cualquier precio.

Alguien entró de pronto en el sótano.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —exclamó el recién llegado.

—Hola, Manfred —sonrió Olga—. No temas, sólo vamos a deshacernos de un entrometido.

—¡Rayos! —exclamó Von Huldin—. ¿Vais a quemarlo?

—Vivo —respondió ella con estremecedor acento.

—Por todos los diablos, Olga… ¿Te has vuelto loca? ¡Suelta a ese hombre inmediatamente!

Ugler empezó a abrigar una cierta esperanza de salvación. No todos compartían las ideas de Olga.

—Cállate, estúpido —dijo ella, furiosa—. Lo sabe todo, ¿entiendes?

—Pero es un asesinato…

—¿Importa ya uno más? Manfred, tú también eres cómplice…

—Un momento —exclamó Manfred—. Soy cómplice de una falsificación, no de un crimen. Nadie puede relacionarme con lo que ha pasado aquí, salvo en lo relativo a las monedas antiguas.

—Señor Schmidt, haga usted algo por salvarme —dijo Ugler—. La justicia se lo tendrá en cuenta.

—Oiga, usted sabe que yo soy Schmidt…

—También sé que un tal *herr* Beck está muy furioso por haber comprado unas monedas que no tienen de antiguas más que el aspecto.

—¿Lo ves, Manfred? —Sonrió Olga—. Tiene que morir; no queda otro remedio.

—A pesar de todo, no lo consentiré…

Olga seguía vistiendo la impersonal ropa de ama de llaves. Su

mano derecha estaba en el gran bolsillo de la bata negra y, de pronto, salió armada con un revólver.

Sonaron dos disparos. Von Huldin gritó y cayó al suelo.

Kahner estaba aterrado.

—¡Lo has… matado!

—Todo es cuestión de un poco más de combustible en el humo —dijo ella fríamente—. ¿Nilss?

—Cuando quiera, señora Vorklund —contestó el interpelado.

—Entonces, no perdamos más tiempo.

Ugler se vio perdido. Nilss se situó junto a la mesa y la empujó lentamente hacia el humo.

—Métele la cabeza primero —indicó Olga—. Al menos, que no padezca demasiado.

Ugler sintió en el rostro el ardiente hálito del horno, cuya boca estaba abierta de par en par. La mesa tenía un tablero deslizante, de metal, al cual se hallaba firmemente sujeto por cuerdas. No podría evitar morir de aquella forma tan espantosa…

De súbito, el horno empezó a despedir una enorme cantidad de humo.

—¿Qué diablos pasa aquí? —gritó Olga.

—No sé —contestó Nilss, desconcertado—. No hay tiro…

En pocos momentos, la atmósfera del sótano se hizo irrespirable. Kahner huyó.

—¡Algo sucede allá arriba! —Gritó Olga—. Vamos, Nilss.

Ugler quedó abandonado momentáneamente, en medio de aquel ambiente que se hacía irrespirable por segundos. Forcejeó con las cuerdas, pero todo resultó inútil.

De pronto, alguien se situó a su lado.

Ugler cerró los ojos. Iban a matarlo de una puñalada o un tiro…

Un afilado cuchillo cortó sus cuerdas. Volvió la cabeza y estuvo a punto de lanzar un alarido de júbilo.

—¡Karin!

—Hemos de darnos prisa —exclamó la muchacha—. Ellos lo verán muy pronto. La chimenea está tapada con una manta empapada en agua…

Ugler arrebató el cuchillo de manos de la joven, apenas tuvo libres las muñecas. Contorsionándose, logró sentarse y cortar las ligaduras de sus tobillos.

Luego saltó al suelo, tosiendo y casi ahogándose.

—Pronto, pronto…

Corrieron hacia la escalera que daba al salón. Ugler respiró a pleno pulmón al hallarse en una atmósfera limpia.

—Tenemos que escapar de aquí —dijo.

—Sí, cuanto antes —respondió Karin.

Momentos después, salían al exterior. Ugler agarró la mano de la muchacha. Pegados a la pared, empezaron a dar la vuelta al edificio, a fin de huir por la parte posterior.

—Karin, ¿cómo se le ocurrió…?

—Fue un presentimiento extraño —contestó ella—. No sé, pero me pareció que debía ayudarle. Vine corriendo y ya, desde el exterior, pude ver que salía una gran humareda por la chimenea. Entonces, al asomarme al sótano, escuche algo que me hizo comprender lo que iba a pasar… Yo no podía entrar, porque me habrían apresado… Se me ocurrió que cegando la salida de los humos, podía conseguir algo… Busque una manta, la empapé en agua y salí al tejado por una de las ventanas del desván…

—Karin, no cabe la menor duda de que fue una maravillosa inspiración —sonrió él.

De repente, en el interior de la casa se oyó un alarido espeluznante.

Karin se abrazó al joven, lleno de terror. Sonó un disparo.

Una fiera gruñó horriblemente. Ugler se arriesgó a asomarse por la esquina. Nilss, espantado, huía a todo correr.

* * *

Olga y el ayudante salieron del desván. Ella se sentía terriblemente furiosa por la deserción de Kahner.

—Maldito cobarde…

Bajaba delante de Nilss, con la pistola en la mano. La manta había sido ya apartada.

—Eso es cosa de Karin. Estará abajo, soltándole. Acabaré con ellos a balazos…

De repente, cuando ya llegaba a la mitad del corredor, una figura de color gris pardo le cerró el paso.

—¡El lobo! —gritó Nilss.

Aterrado, pasó las piernas por la barandilla y se descolgó al salón. Olga contempló a la fiera, que le enseñaba los dientes a la

vez que gruñía sordamente.

Durante unos momentos, la mujer y el lobo se contemplaron recíprocamente. Olga trataba de dar firmeza a su mano, más temblorosa de lo que convenía en aquellos instantes.

El lobo atacó de súbito. Olga disparó, a la vez que emitía un estridente alarido. La bala se perdió inofensivamente y la pistola cayó de su mano.

Olga intentó protegerse la garganta con las manos. Pero las zarpas de la fiera apartaron aquella protección, y las poderosas mandíbulas se cerraron con aterrador chasquido.

Al cabo de unos minutos, Ugler se arriesgó a entrar en la casa.

Peldaño a peldaño, subió la escalera.

Olga yacía en el suelo del corredor, en medio de un lago de sangre, con la garganta horriblemente destrozada. Después de recobrarse de la primera impresión sufrida, Ugler reparó en un extraño detalle.

La sangre se extendía ampliamente. El lobo había huido, estaba claro… Pero, a la fuerza, debía de haber dejado marcas de sus patas en el suelo.

Y no se vela ninguna marca y, salvo la puerta, no había tampoco otra abertura por la que el animal pudiera escapar.

¿Se había convertido en realidad la leyenda de la Wolfhaus?

* * *

—Quizá el lobo se había escondido y no lo vimos —dijo Ugler, días más tarde, cuando, en unión de Karin, regresaba a Múnich.

La muchacha asintió, sumamente pensativa. Todo podía darse por terminado. La policía había realizado sus últimas investigaciones. Kahner había sido detenido y había confesado de plano. Los Hallass estaban en la cárcel, acusados de complicidad en un intento de asesinato. La botella drogada era una prueba contundente contra ellos.

—Lo hicieron por dinero, no cabe duda —añadió el joven—. Y es que la superstición no excluye la codicia.

—Supongo que ya se habrán hecho los análisis de la droga —dijo Karin.

—Están en ello, aunque poco nos importa ya. Tal vez querían matar a Kopje, pero el resultado fue un coma alcohólico, que colaboró no poco en sus planes de mantener viva la leyenda. En fin,

la falsificación se ha descubierto y los perjudicados recobrarán buena parte del dinero que les timaron.

Ugler sonrió.

—Y yo volveré a mis pinceles —declaró—. Por cierto, Karin, he de hacerte una pregunta.

—Sí, Gustav.

—¿Qué fue lo que motivó su depresión nerviosa?

Ella se echó a reír.

—Parece increíble, en estos tiempos… Pero como ya se me ha pasado, no tengo ningún inconveniente en confesarlo. Un amor frustrado —dijo.

—¿Lo has olvidado?

—Por completo.

—Bueno, eso me permitirá visitarte con alguna frecuencia. Si no te importa.

—Me agradará muchísimo, Gustav.

Ugler la miró de reojo. Karin era una muchacha encantadora, además de equilibrada y ponderada. Podía ser muy feliz a su lado… Pero había que dar un poco de tiempo… Sí, todo acabaría bien, se dijo, confiado en el futuro.

—Karin, ¿volverás algún día a Henningsfeld?

—No lo sé. Ya lo pensaré más adelante. Tal vez me decida a vender la propiedad.

—No sería mala idea —convino él.

Habían salido de Sennenfeld pocos minutos antes. En aquellos momentos llegaban al empalme del camino que conducía a la casa. Ugler pensó en el truco de los arbustos para evitar visitas indeseadas.

De repente, algo cruzó el camino a pocos pasos de distancia. Karin lanzó un grito, mientras él frenaba a fondo.

—No te muevas —dijo Ugler.

El enorme lobo gris se movía muy lentamente, con gran dificultad. Parecía como si no pudiera moverse apenas.

De pronto, cayó al suelo y quedó tendido de costado, con la boca abierta, jadeando ligeramente.

Ugler supo la verdad en el acto.

—Se muere —dijo.

Dejó pasar unos minutos. Los flancos de la bestia se quedaron

quietos. Entonces, se acercó al animal y le puso la mano en el lomo.

Los ojos del lobo parecieron dirigirle una mirada suplicante. Luego se volvieron a un lado. Ugler oyó una especie de último suspiro.

Al cabo de unos momentos, apartó el enorme cuerpo a un lado, dejándolo entre la espesura. Aquella fiera había matado seres humanos, pero ¿era culpable de los instintos de su propia naturaleza?

Lo dejaría allí, decidió. A fin de cuentas, la naturaleza exigía que unos animales sirvieran de alimento a otros. El lobo debía seguir su destino hasta el final.

Regresó Ugler al coche y miró sonriente a la muchacha.

—Ha muerto de viejo —declaró.

Karin hizo un leve gesto. Ugler dio el contacto.

La vida proseguía, pensó, mientras el coche se alejaba de aquellos tétricos parajes.

—Karin, tengo que visitarte con frecuencia —exclamó de pronto.

—Ya lo has dicho antes —le recordó ella, sonriendo.

—Oh, sí, es cierto… También quiero comprobar si te has curado por completo.

—¿Tratas de sugerirme que, si no es así, tú me ayudarías a conseguirlo…?

—Pues… algo hay de eso —admitió Ugler, de excelente humor —. Espero que me permitas colaborar en tu convalecencia.

—Será un placer —aseguró Karin, con una cálida sonrisa en los labios.

Ugler volvió a mirarla y pensó que ella ya estaba curada por completo.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.